6121

LANCES DE HONOR,

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

~~DON JOAQUIN ESTÉBANEZ.~~
Don Manuel Tamayo y Baus

LIBRERIA DE
LA VIUDA E HIJOS
DE D.N J. CUESTA
C.DE CARRETAS. 9
MADRID.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, N. 4.
1863.

24

LANCES DE HONOR,

DRAMA

ESTRENADO EN EL TEATRO DEL CIRCO Á 1.° DE SETIEMBRE DE 1863.

Imprenta de José Rodriguez, Calvario, 18.

LANCES DE HONOR,

DRAMA EN TRES ACTOS

DE

DON JOAQUIN ESTÉBANEZ. (pseud)

Manuel Tamayo y Baus

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, N. 4.
1863.

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/lancesdehonordra537tama

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 25 de Agosto de 1863.

El censor de teatros.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.
Los corresponsales y agentes de la *Administracion lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.
El autor se reserva el derecho de traduccion.

677091

PERSONAJES.	ACTORES.
DON FABIAN GARCIA.....	Don Joaquin Arjona.
DOÑA CANDELARIA, su esposa.	Doña Teodora Lamadrid.
MIGUEL, su hijo.....	Don Manuel Ossorio.
DON PEDRO DE VILLENA.....	Don Juan Lopez Benetti.
PAULINO, su hijo.....	Don Ramon Mariscal.
DON DÁMASO.....	Don José Miguel.
DON DIEGO MEDINA.....	Don José Maria Garcia.
AGUILAR.....	Don Natalio Jurdao.
DON LORENZO.....	Don Manuel Castelló.
UN CABALLERO.....	Don Gonzalo Duclós.
OTRO.....	Don Juan Reig.
OTROS, que no hablan.....	.....
UN PADRINO DE UN DESAFIO.	Don José Diez.
OTRO.....	Don Manuel Vera.
BERNABÉ.....	Don Enrique Martinez.
UNA MUCHACHA.....	Doña Josefa Hijosa.

La escena, en Madrid: la accion dura cuatro horas.

ACTO PRIMERO.

Gabinete lujosamente amueblado en casa de Villena.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL.

Está sentado en una butaca cerca de un velador, leyendo periódicos.

Pues señor, está visto que la lectura de periódicos, á mí no me divierte. (Soltando el periódico que tenia en la mano.) No sé cómo pueden tener razon los ministeriales que siempre alaban, ni los de oposicion que siempre vituperan, ni cómo han de merecer crédito, los que hoy alaban lo mismo que vituperaban ayer. Será que yo no lo entiendo. Las tres. (Levantándose y mirando el reloj.) Media hora llevo esperando. Se le habrá olvidado quizá que ayer quedé en venir á verle? Es tan atolondrado ese chico!

ESCENA II.

MIGUEL Y PAULINO.

PAULINO.

Perdona, Miguelillo, perdona. (Saliendo por la puerta del foro y dejando en una silla el sombrero.) Siento en el alma haberte hecho esperar.

MIGUEL.

Ba: entre amigos...

PAULINO.

Verás. Ayer tarde se reunieron aquí los individuos más importantes de la fraccion de la Cámara, que reconoce por jefe á papá. Celebraron larga conferencia, y en ella resolvieron dar hoy al Gabinete una batalla decisiva, al discutirse el acta de esa escandalosa eleccion, que tan agitados trae los ánimos estos dias. Papá se encargó de pronunciar el discurso, y yo no he querido dejar de oirle.

MIGUEL.

Nada más natural.

PAULINO.

Bien puedes agradecer que me haya venido ántes de ver el resultado de la discusion.

MIGUEL.

Sí, porque una vez excitado el interés...

PAULINO.

No sabes tú cómo se habia puesto aquello! Papá ha estado sublime! Nunca se oyó en el Congreso de los Diputados discurso más elocuente ni más terrible para un Gobierno. Qué animada pintura de las instituciones liberales: qué vigorosos anatemas contra la conducta reaccionaria de los ministros!

MIGUEL.

Quieres explicarme por qué las oposiciones llaman siempre reaccionario á todo el que manda?

PAULINO.

Toma, porque todo el que manda, es tirano á los ojos de todos los que quisieran mandar. Regla general: en el poder se invoca siempre el órden: en la oposicion, se invoca siempre la libertad. Por eso verás que cuando uno quiere ser ministro, dice que si lo fuera, haria tal y tal cosa, y que luego cuando lo es, hace lo que le da la gana. Pues como te iba diciendo; papá se ha cubierto de gloria. Hermoso espectáculo el que oyéndole ofrecia la Cámara! Vivas altercaciones entre los diputados de la mayoría, gritos de

entusiasmo en los bancos de la oposicion: aplausos ruidosos en las tribunas: el Gabinete, pálido y trémulo de miedo y de rabia: el Presidente dále que le darás á la campanilla, sin poder dominar aquel fiero tumulto, aquel desórden admirable. Yo, no bien hubo acabado papá, eché á correr para no hacerte esperar más tiempo, y no sé cuál será el resultado de la votacion; pero desde luego aseguro que el Gobierno ha quedado herido de muerte, y que si hoy mismo no sucumbe, estará en el suelo ántes de quince dias.

MIGUEL.

Y qué bienes nos vienen con esa gracia?

PAULINO.

¿Te parece bien pequeño la caida de un Gabinete que ha hollado todas las libertades públicas, y que lleva ya en el poder un año, tres meses, doce dias y algunas horas, por lo que es cuenta?

MIGUEL.

Ahí está el quid. Más fácilmente se le perdona á un Ministerio una mala vida que una vida larga.

PAULINO.

Justo y cabal. Los Ministerios deberian tener duracion fija de un par de meses á lo más, á fin de que pudieran ir turnando en el poder todos los españoles ilustrados. Lo que es yo, en llevando un Gabinete seis meses de vida, ya no puedo parar. Y á todo el mundo le sucede lo mismo.

MIGUEL.

Á mí no, porque me figuro que los Gobiernos que duran poco, ni aun pueden llegar á ser Gobiernos.

PAULINO.

Tú eres un papanatas, que nada ambiciona. Tonto: á rio revuelto, ganancia de pescadores. Cuando caiga esta gente, entrarán los nuestros á mandar. Papá ha desempeñado ya los más altos puestos de la Administracion, tiene cuartos, es caballero gran cruz, dispone de un diario político, goza fama de diputado hablador, capitanea una importante fraccion de la Cámara: justo es que forme ahora parte de un Gabinete. Le han ofrecido la cartera de Gobernacion. Figúrate qué mal me vendrá á mí. Inmediatamente

disolveremos estas Córtes, y haremos elecciones generales con mucha legalidad... es decir... muy á nuestro gusto; y claro está, yo seré diputado por tres ó cuatro distritos. Quieres tú ser tambien diputado de la nacion?

MIGUEL.

Yo! Dios me libre de ser diputado... tuyo. De la nacion lo es verdaderamente mi padre por la decidida y tenaz voluntad de los electores, y tanto madre como yo, estamos deseando que se acabe esta legislatura, para que deje de serlo.

PAULINO.

Pierde cuidado: ningun hombre como don Fabian Garcia tomará asiento en el nuevo Congreso. Chico: te advierto que tu papá está haciendo el oso.

MIGUEL.

Ya sabes que no gusto de oir nada que pueda ser ofensivo á mi señor padre.

PAULINO.

No te acongojes por tan poco, muchacho. Discutiremos y...

MIGUEL.

Poner yo en discusion la conducta de mi padre? No faltaba más.

PAULINO.

Y por qué no? Todo se puede discutir.

MIGUEL.

Á otra cosa, Paulino, á otra cosa.

PAULINO.

Pues si precisamente para que hablásemos de este particular, te dije ayer que vinieras á verme. Créelo: mi señor don Fabian está en ridículo, y tú, si no te modernizas un poco, no podrás hacer carrera en el mundo. Es necesario que en él y en tí desaparezcan esas costumbres de antaño, que habeis traido de la ciudad de doña Urraca.

PAULINO.

Acabarás por hacerme reir. Qué tacha puede ponérsele á mi buen padre, que es casi un santo?

PAULINO.

Bien parecen los santos en el almanaque, pero muy mal en unas Córtes del siglo diez y nueve. Sabes lo que hace tu señor padre todos los dias al entrar en el Congreso?

MIGUEL.

Qué hace?

PAULINO.

La cosa más ridícula del mundo.

MIGUEL.

Alguna imprudencia, hija de su carácter sencillo.

PAULINO.

Una tontería tan grande, que parece mentira que pueda caber en cabeza humana. (Riéndose.)

MIGUEL.

Si no te explicas... (Un poco alarmado.)

PAULINO.

Todos los dias al entrar en el Congreso... já, já, já.

MIGUEL.

Qué hace? Acaba.

PAULINO.

Santiguarse á hurtadillas.

MIGUEL.

Ah!

PAULINO.

Él crée que nadie lo nota, y está siendo el hazmereir de todo el mundo.

MIGUEL.

Pues ¿qué tiene de risible que un hombre implore el auxilio de Dios, cuando vá á influir con su conducta, en la suerte de todo un pueblo?

PAULINO.

Anda, simplon. Tu reloj atrasa por lo ménos un siglo.

MIGUEL.

Pues á mí me parece que el tuyo señala una hora funesta.

ESCENA III.

DICHOS Y DON DÁMASO.

Sale muy deprisa y con semblante demudado por la puerta del foro.

DON DÁMASO.

No ha vuelto aún su padre de usted?

PAULINO.

Cómo, si todavia no son las tres y cuarto?

DON DÁMASO.

El Congreso ya ha concluido.

PAULINO.

Tan pronto! Pues ¿qué ocurre?

MIGUEL.

Qué le sucede á usted?

DON DÁMASO.

Estás aquí tú? Me alegro. Qué desgracia, Miguel!

MIGUEL.

Una desgracia!

PAULINO.

Explíquese usted.

DON DÁMASO.

Permítanme ustedes ántes tomar aliento. (Sentándose. Miguel y Paulino se acercan á él.) En aquella tribuna hacia un calor insoportable y estaba uno como en prensa. Y qué ansiedad... qué agitacion... qué emociones tan vivas! Quiere usted ver si tengo fiebre? (Alargando una mano á Paulino.)

PAULINO.

Me gusta!

DON DÁMASO.

No estudia usted medicina?

PAULINO.

Dicen que sí, pero yo no me atreveria á jurarlo. Ea, no sea usted posma, y cuéntenos qué hay. Ha perdido la votacion el Ministerio?

DON DÁMASO.

Ya escuchó usted el discurso de su padre.

PAULINO.

Un discurso magnífico, eh?

DON DÁMASO.

Sí: una bomba cargada de metralla. En él dijo horrores, no solo del Gobierno, sino de tu tio Diego tambien. (Á Miguel.)

PAULINO.

Cómo! Diego Medina, el Gobernador que ha hecho esa eleccion, es tio tuyo?

DON DÁMASO.

Tio carnal por parte de madre.

PAULINO.

No lo sabia.

MIGUEL.

Y ¿qué ha dicho de mi tio el señor Villena?

DON DÁMASO.

Jesus! Le ha puesto como chupa de dómine, llamándole inepto y arbitrario; dando á entender que se ha dejado sobornar por el candidato elegido, que es un banquero muy famoso.

MIGUEL.

Y sin pruebas ¿cómo se lanzan contra nadie acusaciones de esa índole?

PAULINO.

Pruebas... Pruebas... No parece sino que todo el mundo, no está ya harto de saber, lo que valen semejantes acusaciones. Cada lúnes y cada mártes se llaman perros judios los hombres más se-

rios en política, y luego, como si tal cosa hubiera pasado. Si papá sube al poder, verás cómo hace á tu tio, Gobernador de una provincia de primera clase.

DON DÁMASO.

Cuando Villena (Dirigiéndose á Miguel.) acabó su discurso, tirios y troyanos aplaudian con frenesí, y todos daban por segura la derrota del Gobierno; pero hé aquí á tu padre que se levanta, y grita con indignacion: «Pido la palabra para defender á un ausente.»

PAULINO.

Oiga!

MIGUEL.

Bien hecho!

DON DÁMASO.

Como por sus opiniones es mirado con prevencion, las risas y los murmullos, ahogaron su voz en un principio. Al poco rato, habia logrado subyugar todos los corazones. Que era un excelente jurisconsulto, ya lo sabiamos todos, pero ¿cómo creer, á no verlo, que fuese tambien un gran orador?

MIGUEL.

Para defender á un inocente, nunca falta elocuencia á un hombre de bien.

DON DÁMASO.

Te aseguro que comparados hoy con él Ciceron y Demóstenes, se quedan tamañitos. Pero es el caso, que para defender á Diego, ha tenido que combatir á Villena, dirigiéndole gravísimos cargos, con fuerza de lógica irresistible, y acusándole á voz en grito de mentiroso y calumniador.

PAULINO.

De veras?

DON DÁMASO.

Su padre de usted (Dirigiéndose á Paulino.) cegó y no vió; y con general asombro y disgusto, dijo de don Fabian improperios tales, como acaso nunca se habian oido en aquel lugar. Todo fué enton-

ces en la Cámara espantosa greguería, y dar manotadas al aire, y querer andar á la greña. Pudo al fin el Presidente hacer que se procediese á votar, y luego, sin mirar en barras, levantó la sesion.

PAULINO.

Pero ¿quién ha ganado?

DON DÁMASO.

Ba! (Levantándose.) El Gobierno por ciento veintidos votos contra cuarenta y uno: como que no sólo ha votado con él toda la mayoría, sino tambien parte de la oposicion.

PAULINO.

Qué infamia!

DON DÁMASO.

Yo al ver salir del salon á Villena, hecho un energúmeno, temiendo que se encontrase con el otro, salí tambien corriendo de la tribuna. Por más que he mirado y remirado en salas y corredores, á ninguno de los dos he podido echar la vista encima.

PAULINO.

Miguel, tu padre tiene que reñir con el mio.

MIGUEL.

Dios no lo quiera.

DON DÁMASO.

Á eso vengo: á procurar que este negocio se arregle de la mejor manera posible. Garcia es el más ofendido. Á él le toca, por consiguiente, desafiar á su padre de usted. Si no lo hace...

PAULINO.

Entonces, mi padre le desafiará á él.

MIGUEL.

Dijérase que te gozas en augurar males.

DON DÁMASO.

Entre todos le impediremos tomar tan descabellada resolucion.

PAULINO.

Para eso, no cuente usted conmigo. Á mí no me gustan más

pasteles que los de Cotte ó de L' Hardy, y cuando una cosa no tiene remedio...

MIGUEL.

Otras de mayor entidad, se remedian con la ayuda de Dios.

PAULINO.

diosear

No empieces á diosear, y ten por evidente que ni tu padre, por impecable que sea, ni el mio, que es todo un caballero, querrán dejar impune el agravio que mútuamente se han inferido. Un agravio que llegará á noticia de toda España, de toda Europa!... Y ¿quieren ustedes que no haya sangre? Pues bonito estaría que no la hubiese!

MIGUEL.

Paulino! (En tono de reconvencion.)

DON DÁMASO.

(El niño es tan fiera como el papá.)

PAULINO.

De otro modo, ninguno de los dos quedaría bien.

DON DÁMASO.

Y vaya si queda uno bien, con la cabeza rota ó una pierna de menos!

PAULINO.

Muy prudente se vá usted volviendo, don Dámaso.

DON DÁMASO.

Y con eso ¿qué quiere usted darme á entender?

PAULINO.

Nada: que es usted muy prudente.

DON DÁMASO.

Niño, niño... Cuidadito con subírseme á las barbas. Yo tengo hechas mis pruebas.

PAULINO.

Ya lo sé, y por lo mismo no hallo explicacion satisfactoria á la conducta que se propone usted observar en tan grave negocio. De éste, nada me sorprende. Es lego en materia de honor, y creo que en vez de sangre, circula por sus venas horchata de chufas.

MIGUEL.

Dí cuanto quieras. Tu ceguedad y tu petulancia me dan compasion.

PAULINO.

Hola, que ya hace pinitos el nene. Riámosle la gracia.

MIGUEL.

No es hora de reir para un hijo, la hora que puede ser funesta para su padre.

ESCENA IV.

DICHOS, DON LORENZO Y AGUILAR.

Salen hablando acaloradamenle por la puerta del foro.

DON LORENZO.

Desde que soy representante de la nacion, no me he llevado un chasco igual.

AGUILAR.

Ni yo, desde que empecé á escribir de política.

DON LORENZO.

Y es indudable que el Gobierno estará mas envalentonado que nunca. Señores. (Saludando á los demás.)

DON DÁMASO.

Vienen ustedes del Congreso?

AGUILAR.

De allí venimos.

PAULINO.

Y mi papá?

DON LORENZO.

Allí quedaba todavia. Verá usted como al fin disuelven las Córtes. (Á Aguilar.)

AGUILAR.

Me consta que el Ministro de la Gobernacion, en un arranque

de entusiasmo, ha ofrecido matar mi periódico ántes de veinte dias. Qué iniquidad! Hollar los santos derechos del cuarto poder del Estado! Oponerse á la libre emision del pensamiento! No importa: ántes morir que renunciar á mi autonomía.

DON DÁMASO.

(Y el muy botarate no tiene más autonomía que la autonosuya de Villena.)

DON LORENZO.

¿Creerán ustedes qne el Gabinete ha llevado su audacia, hasta el extremo de ofrecerme una Direccion General, porque votase el acta?

DON DÁMASO.

(Villena le habia ofrecido una embajada, porque no le votase.)

DON LORENZO.

Destinitos á mí!

AGUILAR.

El tal Garcia tiene la culpa de todo lo que sucede.

DON LORENZO.

En sacando las uñas uno de esos beatos, ya, ya!

AGUILAR.

Buena paliza le pienso dar en el periódico!

DON LORENZO.

Pues yo, en mi discurso de mañana, le he de sacar á la vergüenza.

AGUILAR.

Quizá no haya lugar sino para cantarle un responso. Villena es muy capaz de enviarle mañana á tomar chocolate en el otro mundo, cosa que, á un bendito como él, no podrá menos de agradarle.

DON LORENZO.

Recelo que no sea hombre de armas tomar.

AGUILAR.

Un cobarde será de fijo, pero al reptil que huye despues de haber hincado el diente...

MIGUEL.

Señores, la persona de quien están ustedes hablando es mi padre. (Muy conmovido.)

AGUILAR.

Ah!...

DON LORENZO.

No sabiamos...

MIGUEL.

Mi padre, á quien ustedes seguramente no conocen bien. Los que bien le conozcan, por fuerza le han de tener respeto, si por ventura no son incapaces de rendir culto á la virtud. (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA V.

DON DÁMASO, PAULINO, DON LORENZO y AGUILAR.

AGUILAR.

Hay que disculparle. Demasiado prudente ha sido.

DON LORENZO.

Con todo; ese tonito, esa reticencia, esa manera de mirarnos...

AGUILAR.

Es verdad: nos ha mirado de cierta manera...

DON LORENZO.

Pues yo no puedo consentir que se me mire de cierta manera.

AGUILAR.

Ni yo tampoco; y si á usted le parece que estamos en el caso de exigir una satisfaccion á ese caballerito...

DON LORENZO.

Sí, señor: vamos á exigírsela.

PAULINO.

Perderán ustedes el tiempo: Miguel es tan cobarde como su padre.

DON DÁMASO.

Están ustedes (Colocándose entre Aguilar y don Lorenzo.) en un error: el señor Garcia no tiene nada de cobarde. Pero ello es que tal vez repugne el batirse, porque su modo de pensar, sus principios religiosos...

AGUILAR.

Pura farsa, don Dámaso. Los devotos del siglo diez y nueve, son todos hipócritas.

DON DÁMASO.

Por qué no ha de haber en este siglo devocion verdadera?

AGUILAR.

Porque ya, con el vuelo que han tomado los conocimientos filosóficos, únicamente las mujeres y los patanes, pueden creer de buena fé ciertas cosas.

DON DÁMASO.

(Qué bárbaro!)

DON LORENZO.

Desengáñese usted: todo es posible en este pais, donde quedan aun tantos resabios de la educacion frailuna que ha recibido.

AGUILAR.

Verdaderamente que todavia hay mucho atraso en este pais.

PAULINO.

Vergüenza da ser español.

DON DÁMASO.

Si, con efecto... el progreso... la civilizacion... (Dios me perdone!) Pero vamos á ver: si Garcia no reta al señor Villena, yo creo que el negocio queda terminado.

DON LORENZO.

Oh, no señor; de ninguna manera.

AGUILAR.

Eso quisiera él

PAULINO.

Lo está usted viendo?

AGUILAR.

Hay que cortarle la lengua para que no hable más en su vida. Él tiene la culpa de que el Gobierno haya ganado la votacion.

DON LORENZO.

Villena sería indigno de alternar con gente bien nacida, si no procurase reparar la afrenta que se le ha hecho.

PAULINO.

Oh, no hay cuidado: mi papá se porta siempre como quien es.

DON DÁMASO.

(Y el diablo se lo agradece mucho.)

DON LORENZO.

Sin duda con la intencion de que le apadrinemos en el desafio, nos ha rogado que vengamos á esperarle aquí.

DON DÁMASO.

Pues yo insisto en que debería darse por satisfecho, si Garcia que es el más ofendido, no le provoca.

AGUILAR.

No es Garcia el más ofendido, sino Villena.

DON LORENZO.

Seguramente.

DON DÁMASO.

Están ustedes locos?

AGUILAR.

No, señor: las ofensas tienen mayor ó menor gravedad, segun vale más ó menos la persona que las recibe.

DON DÁMASO.

Eso no deja de ser una tontería.

AGUILAR.

Cómo tontería?

DON LORENZO.

Qué ha dicho usted?

DON DÁMASO.

Digo, que en este asunto no saben ustedes lo que se pe can.

AGUILAR.

Señor mio, yo no tolero que nadie me dé (Con tono agresivo y muy altanero.) lecciones en materia de honor.

DON LORENZO.

Caballero: yo no sufro impertinencias de esa índole.

DON DÁMASO.

Estábamos hablando (Turbado.) con la confianza de amigos... No creo haber dado motivo para que ustedes se incomoden.

AGUILAR.

(Tiene miedo.)

DON LORENZO.

(Se turba.)

AGUILAR.

Pues sepa usted que nos hemos incomodado.

DON LORENZO.

Y muy de veras!

AGUILAR.

Y si usted lo lleva á mal!...

DON LORENZO.

Justo: si usted lo lleva á mal!...

PAULINO.

Señores... señores...

DON DÁMASO.

(Tonto de mí!) Pues sí señores: (Con afectada energia y aire amenazador.) lo llevo á mal, muy á mal! Cuando un hombre tiene hechas sus pruebas, puede ser prudente sin temor de que se le tache de cobarde. Y yo tengo hechas mis pruebas, señor don Lorenzo. (Dirigiéndose á él) Yo tengo hechas mis pruebas, señor Aguilar. (Volviéndose hácia Aguilar.) Pero ya que ustedes se empeñan en sacarme de mis casillas!...

PAULINO.

Don Dámaso... (Procurando apaciguarle.)

DON DÁMASO.

Estoy á las órdenes de ustedes. Veremos quién lleva el gato al agua.

AGUILAR.

(Malo: esto se enreda!)

DON LORENZO.

(Caramba con el hombre!)

AGUILAR.

Saben ustedes lo que digo?

DON LORENZO.

Qué?

AGUILAR.

Que los tres tenemos un geniecito de mil demonios.

DON LORENZO.

Por una bicoca ya empezábamos á perder los estribos.

PAULINO.

Con efecto, no veo razon para que ustedes...

DON DÁMASO.

Venirme á mí con fieros, á mí que soy una pólvora, á mí que en seguidita me subo á la parra!...

AGUILAR.

(Vaya un nene!)

DON LORENZO.

Ea, señor don Dámaso, esto se acabó.

AGUILAR.

Ahí va mi mano.

DON LORENZO.

Y la mia. (Alargando ambos la mano á don Dámaso.)

DON DÁMASO.

Á generoso nadie me gana. Señor don Lorenzo! Señor Aguilar! (Estrechando primero la mano del uno y luego la del otro.)

AGUILAR.

Con cuánta facilidad se arreglan estas cosas entre valientes co-

mo nosotros! (Si no recojo velas...)

DON LORENZO.

Quién lo duda? Entre valientes como nosotros!... (Si no ando isto...)

DON DÁMASO.

Pues claro: entre valientes!... (Si no les hablo gordo, me luzco.)

PAULINO.

Ya tenemos aquí á papá. (Mirando hácia la puerta del foro.)

ESCENA VI.

DICHOS Y VILLENA.

VILLENA.

Dispénsenme ustedes la tardanza.

DON LORENZO.

Sabe usted que estamos á sus órdenes.

PAULINO.

(Qué pálido viene!)

VILLENA.

He hablado con el señor Garcia.

AGUILAR.

Dónde?

VILLENA.

En la puerta de esta casa. Vive en el cuarto segundo.

DON LORENZO y PAULINO.

Y qué?

VILLENA.

Ese hombre no tiene asomo de pundonor.

PAULINO.

Como todos los de su calaña.

VILLENA.

Le ha dicho que me venía á casa, con el objeto de esperar en

ella á sus padrinos, y me ha contestado que los esperaria inútilmente, porque no pensaba enviármelos.

PAULINO.

Y al oir eso ¿qué has hecho tú?

VILLENA.

Insultarle cuanto es posible insultar á un hombre. Por un momento pareció que se irritaba, y que á su vez iba á denostarme; pero de pronto, bajó la cabeza, y sin pronunciar una sola palabra, empezó á subir pausadamente la escalera.

PAULINO.

Pues si yo hubiera sido que tú, le cojo y se la hago rodar.

VILLENA.

Quieren ustedes dispensarme el favor de encargarse de arreglar este asunto.?

AGUILAR.

Con mil amores.

DON LORENZO.

Para estas ocasiones son los amigos.

VILLENA.

Ustedes han presenciado el agravio: nada les tengo que decir.

AGUILAR.

Nada absolutamente.

VILLENA.

Entonces ruego á ustedes que vayan á desafiarle en seguida.

AGUILAR.

Cerca le tenemos. (Yendo al foro y tomando el sombrero, que habrá dejado encima de una silla.)

DON LORENZO.

Vamos allá. (Tomando su sombrero de encima del velador.)

VILLENA.

Desearia que el duelo se verificase mañana mismo.

AGUILAR.

Pues claro está: mañana.

DON DÁMASO.

(Qué prisa tiene el condenado!)

VILLENA.

Por mi parte, solo pongo una condicion; que el duelo sea á muerte.

AGUILAR.

Ya estaba yo en eso.

DON LORENZO.

El asunto, desgraciadamente, no puede arreglarse de otro modo.

DON DÁMASO.

(Famoso arreglo, por mi vida!)

VILLENA.

Excuso decir que en todo lo demás, pueden ustedes obrar como lo crean más oportuno. Hasta luego, señores, hasta luego.

DON LORENZO.

Pronto daremos la vuelta. (Retirándose.)

VILLENA.

Cuidado que ha de ser mañana.

AGUILAR.

Fie usted en nosotros. (Deteniéndose un momento.)

VILLENA.

Mañana, y á muerte.

AGUILAR y DON LORENZO.

Á muerte. (Vánse por la puerta del foro. Villena se sienta en una butaca, dando muestras de reconcentrado furor.)

ESCENA VII.

VILLENA, DON DÁMASO Y PAULINO.

DON DÁMASO.

Conque ese lance se ha de llevar á cabo? (Acercándose á Villena.)

VILLENA.

Si. (Sin prestarle atencion.)

PAULINO.

Increible parece que don Fabian haya tenido la audacia de llamarte calumniador.

VILLENA.

Creo que no estaba en su sano juicio.

DON DÁMASO.

Por eso no deberia usted quizá dar al suceso tanta importancia.

PAULINO.

El loco, por la pena es cuerdo. loco cuerdo

VILLENA.

No se canse usted, don Dámaso: yo he de escarmentar al insolente que me ha ultrajado.

DON DÁMASO.

(Quién amansa á esta fiera?) Ya ántes he dicho á esos señores, que tal vez Garcia no quiera batirse (1).

VILLENA.

No ha de querer! Pues qué, ¿no hay más que ultrajar públicamente á un hombre y luego empeñarse en esquivar las consecuencias naturales de semejante falta. Y vea usted quién es el ofensor y quién el ofendido! Esta consideracion me exaspera tanto como la misma injuria. Un ente ridículo y despreciable, que ni á mirarme cara á cara, hubiera debido atreverse nunca! No sé cómo pude contenerme: cómo no me fuí á él, y allí mismo... Vaya si se batirá!

DON DÁMASO.

Despues de la ira viene la templanza, y cuando usted se haya tranquilizado...

VILLENA.

Mire usted, don Dámaso: no hay cosa más necia ni más inútil que dar consejo al que no lo pide. Con que déjeme usted en paz...

---

(1) El autor ha creido conveniente usar en esta obra la voz *batirse*, y la frase *tener hechas sus pruebas*.

PAULINO.

(Tómate esa.)

DON DÁMASO.

Señor don Pedro, usted me insulta.

VILLENA.

Dispénseme usted. La situacion en que me hallo...

DON DÁMASO.

No ignora usted que tengo hechas mis pruebas.

VILLENA.

(Qué pesadez!)

DON DÁMASO.

Y si no mirara que en este momento no puede usted disponer de sí mismo...

VILLENA.

Qué? (Con ira, dando un golpe con la mano en un brazo de la butaca.)

DON DÁMASO.

Nada: el mundo sabe quién soy yo: tengo hechas mis pruebas! (Váse por el foro con aire altanero.)

ESCENA VIII.

VILLENA Y PAULINO.

PAULINO.

Habrás pasado un mal rato, verdad? (Encendiendo un cigarro puro y sentándose en una butaca.)

VILLENA.

El peor de mi vida. (Levantándose.) Aun me parece estar soñando... El tal don Fabian... (Paseándose por la escena.) Fíese usted en apariencias. Nunca me ví combatido de tal suerte: nunca. Todos los diputados, los más ilustres, los más entendidos, los más díscolos y procaces, todos guardaban siempre conmigo las mayores consideraciones. Hasta la prensa periódica engalanaba sus dardos con flores, para asestarlos contra mí. Y hoy, un cualquiera... un pazguato... un miserable, objeto de burla y de ludibrio en toda la Cámara, sin ambajes, sin rodeos, con verbosidad increible, con

pasmosa energía, animado de no sé qué infernal estímulo, se levanta, y me contradice, y me acusa, y me hostiga con sus argumentos, y me anonada con sus imprecaciones, y por un instante me hace bajar los ojos al suelo, mudo de espanto, ciego de ira, cárdeno el rostro de vergüenza. Y claro está: mis enemigos... mis amigos tambien—qué linda amistad la de los amigos políticos!—todos le aplauden á él con entusiasmo, y acogen luego mis palabras con risas de mofa y gritos de indignacion. Á quién no alegra ver quitar de en medio al que le hace sombra?... Esos cobardes callaban ántes, ó murmuraban de quedo cuando más. Ya uno ha dado la señal de acometida: ya uno ha tirado al ídolo la primera piedra. Ahora todos querrán hacerle pedazos. Y ¿cuándo me veo tan rudamente acometido: cuándo me veo... ¿á qué negarlo? vencido, humillado, sin prestigio, sin honra? Cuando precisamente acababa de alcanzar el mayor de mis triunfos: cuando ya estaba alargando la mano para coger el fruto de años enteros de lucha, de afanes y sacrificios. Si, no hay duda: el Gobierno hubiera perdido la votacion, se hubiera retirado... y yo, yo acaso mañana... Oh, mañana mataré á ese hombre ó él me matará á mí!

PAULINO.

Sosiégate, (Levantándose y acercándose á su padre con los quevedos puestos.) y no digas sandeces. Don Fabian no habrá tomado nunca un arma en la mano. Sea cualquiera la que elijan, la ventaja estará de tu parte. Con el sable, podrás degollarle como á un borrego; ensartarle con el florete como á un pollo con el asador; con la pistola... oh, con la pistola, tú que á veinticinco pasos; metes la bala por el gollete de una botella, bien podrás metérsela por un ojo á ese cazurro.

VILLENA.

Pero ¿y si se obstina en no batirse?

PAULINO.

Entonces cantará la palinodia, te dará explicaciones...

VILLENA.

Explicaciones! Si yo no quiero explícaciones: si lo que quiero es su sangre. Si no pudiera reñir con él, creo que le asesinaría.

PAULINO.

Pues bueno: medios hay de hacerle entrar por uvas.

VILLENA.

Lo sé. Por amortiguado que esté en su alma el sentimiento del honor, no podrá soportar ciertos insultos. Pero así se dilatará la hora de mi venganza! Oh cuánto tardan esos señores... Han llamado? Sí: ellos serán.

PAULINO.

No. (Poniéndose los quevedos y asomándose á la puerta del foro.) Es una sola persona, y el criado la detiene á la puerta.

VILLENA.

Mira quién es. (Paulino se va por la puerta del foro.) Me abraso de impaciencia. La gente del pueblo, en estos casos, es más racional que nosotros. No sujeta á reglas la venganza, ni espera á castigar las injurias con ira trasnochada.

PAULINO.

Una visita inesperada, papá. (Saliendo por la puerta del foro.)

VILLENA.

Quién?

PAULINO.

Medina.

VILLENA.

Qué Medina?

PAULINO.

El gobernador, Diego Medina.

VILLENA.

Cómo! Está en Madrid?

PAULINO.

Por lo visto. Vendrá de mano armada.

VILLENA.

Que entre.

PAULINO.

Ahí está.

VILLENA.

Déjanos.

PAULINO.

Va á ser preciso emprenderla á palos con esta gentecilla. (Váse por una puerta que habrá á la izquierda.)

ESCENA IX.

VILLENA Y MEDINA.

MEDINA.

Perdone usted, señor de Villena, que ose venir aquí en traje de camino, sin tener el honor de que usted me conozca.

VILLENA.

(Vamos, este es moro de paz.) Sírvase usted de tomar asiento.

MEDINA.

Gracias. (Sentándose. Villena se sienta á su lado.) Voy á explicar á usted en dos palabras el objeto de mi visita.

VILLENA.

Como usted guste.

MEDINA.

Con el fin de dar al Gobierno de viva voz, algunas explicaciones acerca de esa malhadada eleccion, que tanto escándalo promueve, he tenido que abandonar mi ínsula Barataria, y tomar el camino de la villa y córte de Madrid, adonde acabo de llegar en este momento. Hay personas, como usted sabe, que se despepitan por dar una mala noticia, y no bien me hube apeado del coche en la calle de Alcalá, tropecé con un alma caritativa, que me ha contado c por b todo lo ocurrido hoy en el Congreso.

VILLENA.

(Qué tono!)

MEDINA.

Pues señor, sintiendo yo, como era natural, gran deseo de conocer menudamente la misa de honras que en el templo de la re- misa de honras

presentacion nacional se me habia cantado, dije para mi capote... ó para mi *chaquet*; es igual: ¿quién ha de poder referirme con fidelidad mayor lo que de mí se ha dicho en el consabido templo, que el mismo que lo ha dicho? Y seguro de que usted, á fuer de atento y bondadoso, no habia de negarme el primer favor que le pidiera, aquí me he venido á rogarle humildísimamente que, sin sin reparar en lo nuevo y peregrino del caso, tenga la dignacion de contestarme á breves preguntas, que pienso dirigirle.

VILLENA.

Caballero: la ocurrencia es donosa, á fé mia.

MEDINA.

Soy muy extravagante, y mi proceder en esta ocasion no merece disculpa: lo conozco, lo confieso. Usted dirá si me permite ó no hacerle esas preguntas.

VILLENA.

Hable usted.

MEDINA.

Es verdad que me ha tachado usted de inepto?

VILLENA.

Sí, señor.

MEDINA.

Pase. Dan algunos en tener tanto entendimiento, que para otros no queda nada. Y de arbitrario?

VILLENA.

Sí, señor.

MEDINA.

Pase tambien. Eso no probaría, en último extremo, sino que yo habia hecho mi gusto. Y de venal?

VILLENA.

Sí, señor.

MEDINA.

Esto sí que no puede pasar. Más vale ser bueno que parecerlo, pero más vale aún, serlo y parecerlo juntamente. Y como hoy en el mundo solo se tiene respeto á la fuerza, por medio de la fuerza

me he propuesto yo ser respetable. Así, pues, doy á usted las gracias por la suma benevolencia con que ha satisfecho mi impertinente curiosidad, y espero que se digne coronar su obra, dispensándome el honor de romperse el alma conmigo. (Levantándose.)

VILLENA.

Caballero! (Levantándose tambien.)

MEDINA.

Perdóneme usted. La viveza de mi genio no me consiente hacer las cosas en debida forma. Enviaré á usted mis padrinos.

VILLENA.

Excúsese usted esa molestia.

MEDINA.

Cómo?

VILLENA.

Tengo un lance pendiente con otra persona.

MEDINA.

Fatal contratiempo! Hay inconveniente en que yo sepa su nombre?

VILLENA.

Ninguno: esa persona es la que le ha defendido á usted hoy en el Congreso.

MEDINA.

Qué oigo! Mi cuñado Fabian?

VILLENA.

El mismo.

MEDINA.

Supongo que el reto no partirá de él, sino de usted.

VILLENA.

Precisamente.

MEDINA.

Riña usted primero conmigo. Se lo ruego con toda formalidad. El señor don Fabian Garcia peca tal vez por exceso de virtud; y en mí, sin que esto sea alabarme, tendría usted más digno adversario.

VILLENA.

Mucho lo siento, caballero, pero un negocio urgente...

MEDINA.

Conozco haber dado lugar á que usted me despida, y no abusaré por más tiempo de su bondad. Corro á tomar nuevos informes del suceso. Mi cuñado reñirá con usted, si el honor así lo reclama. Pero luego—no hay que olvidarlo—luego me tocará á mí la vez. Me ha calumniado usted ante España entera. Quieren unos que se perdone al calumniador: otros que se le desprecie: otros que, á ser humanamente posible, se le mate: así opino yo. Beso á usted la mano. (Saluda y váse por la puerta del foro.)

ESCENA X.

VILLENA Y PAULINO.

VILLENA.

Oh: primero el uno: despues el otro!

PAULINO.

Venia á desafiarte?

VILLENA.

Sí.

PAULINO.

Y qué?

VILLENA.

Le he dicho lo que ocurre.

PAULINO.

Entiéndete con Garcia: yo me entenderé con el señor gobernador.

VILLENA.

Estás en tu juicio? Parecería que trataba de poner á salvo mi vida, arriesgando la tuya. Ni por casualidad se te vuelva á ocurrir semejante desatino. Desde que perdí á tu madre, eres tú el único ser á quien amo, y ya sabes que solo te tengo prohibida una

cosa. No, hijo mio; no me des nunca el sentimiento de verte herido... de verte acaso...

PAULINO.

Vamos, vamos, no te pongas sensible, y repara que estás haciendo el diablo predicador. Bien comprendo que ahora no me toca á mí; pero, francamente, eso de que tú riñas con dos, me parece broma pesada.

VILLENA.

Cuando haya escarmentado al uno, será fácil que el otro se venga á buenas. Á mí del tal Medina, ¿qué se me importa? Á don Fabian, á ese mosquita muerta, es al que quiero yo dar una estocada ó un balazo. Ni sé cómo podré esperar hasta mañana para satisfacer mi coraje. De aquí á mañana, qué vida tan insoportable la mia!

PAULINO.

Eh! domina esa impaciencia. Los hombres, en tales casos, han de tener aplomo y serenidad.

VILLENA.

Si pensarán mis señores padrinos estarse arriba de conversacion hasta el año que viene? Qué apostamos á que subo yo mismo?... (Dirigiéndose al foro.)

PAULINO.

Detente. Qué locura. (Deteniéndole.)

VILLENA.

Ah, sí: ahora sí que deben ser ellos. (Mirando hácia dentro por la puerta del foro.)

ESCENA XI.

DICHOS, VARIOS CABALLEROS y á poco AGUILAR Y DON LORENZO.

CABALLERO 1.°

Nos hemos encontrado á la puerta con don Lorenzo y Aguilar...

CABALLERO 2.º

Sabemos que insiste usted en batirse con Garcia.

VARIOS CABALLEROS.

Bravo! Bien hecho!

CABALLERO 1.º

(Qué bueno que los dos se matáran.) (Restregándose las manos.)

VILLENA.

Ah, por fin! (Viendo entrar á don Lorenzo y Aguilar.) Qué tenemos? (Yendo hácia ellos.)

AGUILAR.

Nada entre dos platos.

VILLENA.

Cómo nada?

AGUILAR.

Figúrense ustedes (Bajando al proscenio con Villena y don Lorenzo.) que empezamos por encontrarnos en la escalera, á la mujer de Garcia, que estaba comprando tomates.

CABALLERO 1.º

Costumbres primitivas.

DON LORENZO.

Es una gentuza!

PAULINO.

Mire usted qué decoro para la esposa de un diputado!

DON LORENZO.

En el recibimiento tienen un Ecce-homo de talla, con un farolito encendido.

PAULINO.

Le conozco. Una escultura detestable. Un verdadero mamarracho.

CABALLERO 2.º

Qué cosa de tan mal gusto!

AGUILAR.

Esos santurrones se han empeñado en buscarle tres pies al gato.

VILLENA.

Pero ¿qué ha dicho Garcia, qué ha dicho?

AGUILAR.

Cuando el pobre supo el objeto de nuestra visita, se puso amarillo, verde, colorado...

DON LORENZO.

En su cara hemos visto todos los colores del arco íris.

AGUILAR.

Luego nos pidió por Dios y por todos los santos que hablásemos quedo, para que su mujer y su hijo no se enterasen.

DON LORENZO.

Si le darán azotes entre los dos?

VILLENA.

Pero en fin, ¿acepta el desafio?

AGUILAR.

Cá, no señor: no le acepta.

VILLENA.

Conque no? Villano!

PAULINO.

Era de esperar!

CABALLERO 1.º

Qué cobardía!

AGUILAR.

Qué indecencia!

DON LORENZO.

En vista de su negativa, le exigimos una retractacion formal, y tampoco á eso accede.

AGUILAR.

Jurando y perjurando que su cuñado es inocente, que usted es un calumniador, y que no puede volverse atrás de lo dicho.

VILLENA.

Ya lo oyen ustedes, señores. Ese hombre quiere acabar con mi razon.

PAULINO.

Es preciso llevarle al duelo, aunque sea arrastrando.

TODOS.

Sí, sí.

VILLENA.

Pero ¿qué razon da para no batirse?

PAULINO.

Cualquier majadería.

VILLENA.

Qué razon da? sepamos.

DON LORENZO.

Que si él muriese en el duelo, sería viuda su mujer y huérfano su hijo.

PAULINO.

Pues, una razon de pié de banco.

CABALLERO 1.°

Magnífica perogrullada!

AGUILAR.

Pero añadió que tenia aun otro motivo más poderoso. Y ahora entra lo bueno!

VILLENA.

Qué motivo?

PAULINO.

Á ver.

LOS CABALLEROS.

Cuál, cuál?

AGUILAR.

el quinto

Nos dijo muy sério...—No hay que tomarlo á broma.—Nos dijo muy sério, que el quinto es no matar! (Con énfasis cómico.)

TODOS.

Já! já! já! (Soltando ruidosas carcajadas, que durarán hasta que caiga el telon.)

VILLENA.

Oh, yo le obligaré á batirse, yo le obligaré! (Con ira, sentándose cerca del velador y empezando á escribir.)

PAULINO.

El quinto, eh?

TODOS, menos VILLENA.

Já, já, já.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Despacho modestamente amueblado en casa de don Fabian.

ESCENA PRIMERA.

DON FABIAN Y DOÑA CANDELARIA.

Don Fabian está escribiendo en una mesa que habrá á la izquierda, y doña Candelaria cosiendo cerca de un velador que habrá en el lado opuesto. Al poco rato, don Fabian deja de escribir y se queda meditabundo.

DOÑA CANDELARIA.

Qué haces? No escribes?

DON FABIAN.

Sí, mujer, sí. (Volviendo á escribir.)

DOÑA CANDELARIA.

Como dijiste ayer que ese alegato corria mucha prisa.

DON FABIAN.

Sí; con efecto.

DOÑA CANDELARIA.

Tienes algo? Me parece que estás distraido.

DON FABIAN.

Yo, hija mia? No. Qué quieres que tenga?

DOÑA CANDELARIA.

Qué sé yo? Algun disgusto.

DON FABIAN.

Cá! nada de eso. (Haciendo esfuerzos por aparentar alegria.) Al contrario, estoy muy alegre.

DOÑA CANDELARIA.

Ba, ba! Si me querrás tú comulgar á mí con ruedas de molino! Bueno fuera que al cabo de veinticinco años de matrimonio, no supiese una adivinar los pensamientos de su marido. Cómo cambian los tiempos, señor Fabian! Antes no podia usted ocultarme nada; pero desde que hemos venido á este pícaro Madrid, se me va usted haciendo reservadillo. Ya se ve: lo malo se pega con tanta facilidad!

DON FABIAN.

Pero si te digo que no tengo nada.

DOÑA CANDELARIA.

Anda, que te debería dar vergüenza mentir con ese descaro. (Levantándose y acercándose á don Fabian con inquietud.) Será que no te sientes bueno?

DON FABIAN.

Á Dios gracias, gozo de completa salud.

DOÑA CANDELARIA.

Á ver, á ver. (Tocándole la frente y las manos.)

DON FABIAN.

Si estuviese malo ¿no lo diría yo?

DOÑA CANDELARIA.

No, señor: no lo diría usted. Y en esto siempre has sido lo mismo. Hasta que el mal te rinde, nunca das tu brazo á torcer; y aun estando á la muerte, como sucedió el año pasado, ni por casualidad abres el pico para quejarte. Bien parece que las personas sean sufridas, pero tanto se peca por carta de más como por carta de menos.

DON FABIAN.

Pues mira, Candelaria, si yo soy así, de tí lo he aprendido, de

tí, que por no afligirnos, serías capaz de morirte sin decir amen.

DOÑA CANDELARIA.

Jesus, qué embuste! Hay mujer en el mundo más quejumbrosa que yo? En teniendo un mal dolor de cabeza ¿quién me sufre?

DON FABIAN.

Sí; publicas los males pequeños, y callas los grandes.

DOÑA CANDELARIA.

Déjame en paz. (Volviendo á sentarse y tomando la labor.) En fin, lo principal es que no estés malo. En el disgusto que te aflige, bien quisiera tener alguna participacion; pero cuando tú me lo ocultas, sus razones habrá para ello.

DON FABIAN.

En poniéndosele á una mujer alguna cosa entre ceja y ceja...

DOÑA CANDELARIA.

Casi siempre tiene razon. En querer engañarme, en eso es en lo que no haces bien. No se hable más del asunto.

DON FABIAN.

(Qué trabajo me cuesta fingir!) (Pausa.)

DOÑA CANDELARIA.

No se ha dicho estos dias que el Gobierno piensa disolver las Córtes?

DON FABIAN.

Se ha dicho, pero de fijo aun no se sabe nada.

DOÑA CANDELARIA.

Ay, ojalá que las disuelva pronto! No veo el instante de echar á correr. Y ya sabes que me has ofrecido no volver á ser diputado.

DON FABIAN.

Te lo he ofrecido, y te lo cumpliré. Una y no más, señor san Blas.

DOÑA CANDELARIA.

Ya es viejo Pedro para cabrero. Estaba uno hecho á vivir en paz octaviana, y aquí hasta los dedos se me antojan huéspedes. No ceso de temblar por tí y por Miguel. Por Miguel sobre todo,

que, como muchacho, corre peligro de perderse con las malas compañias y los malos ejemplos. Hoy apenas le he visto. Qué hará tanto tiempo encerrado en su cuarto? (Tira del cordon de la campanilla.) Es gran lástima haber criado con esmero una flor en cerrada estufa, y luego verla expuesta al soplo de vientos desencadenados. Bernabé! Bernabé! (Gritando y tirando otra vez del cordon de la campanilla.) Miguel es muy bueno,—bendito Dios,—pero ¿cómo podrá resistir el contagio de la epidemia que hay en este Madrid? ¿Conservará ileso el pobre su corazon, en medio de esa juventud alborotada y descreida, en quien se gasta el alma ántes que el cuerpo haya acabado de crecer? Nada: mi señor don Fabian:

Belchite, Belchite quiero:
la Córte no es para mí.

Pero ¿se habrá vuelto sordo este hombre? (Tira otra vez del cordon de la campanilla.)

ESCENA II.

DICHOS y BERNABÉ.

Sale por la puerta del foro.

DOÑA CANDELARIA.

Dónde estaba usted metido?

BERNABÉ.

Estaba... ahí... en la escalera.

DOÑA CANDELARIA.

Y ¿qué hacía usted en la escalera?

BERNABÉ.

Toma!... Me llamó el muchacho del cuarto principal.

DOÑA CANDELARIA.

Para qué?

BERNABÉ.

Para hablar de la cosa pública,

DON FABIAN.

(Se habrán enterado?...)

DOÑA CANDELARIA.

Y á usted ¿quién le mete en hablar de lo que no entiende ni le importa?

BERNABÉ.

Es que todos tenemos nuestra opinion y nuestra *automonía.*

DOÑA CANDELARIA.

No me venga usted á mí con solfas. Ya sabe usted que no quiero tertulias en la escalera.

BERNABÉ.

Qué hay en eso de malo?

DOÑA CANDELARIA.

Pocas palabras.

BERNABÉ.

Pues ¿para qué quiere uno la lengua?

DON FABIAN.

Insolente!

DOÑA CANDELARIA.

Déjale tú. (Aparte á su marido.)

BERNABÉ.

(No sé cómo no se muere de vergüenza.) (Mirando á don Fabian.

DOÑA CANDELARIA.

Nunca le habia notado á usted la gracia de ser respondon.

BERNABÉ.

Ya... pero á veces...

DOÑA CANDELARIA.

(Tambien á éste le pasa algo.) Dónde está el señorito?

BERNABÉ.

En su cuarto.

DOÑA CANDELARIA.

Dígale usted que venga aquí.

BERNABÉ.

(Tener yo un amo tan santurron y tan gallina! Yo, que soy más liberal y más valiente que Garibaldi!) (Váse por la puerta de la izquierda de segundo término.)

ESCENA III.

DON FABIAN Y DOÑA CANDELARIA.

DON FABIAN.

Despide inmediatamente á ese criado.

DOÑA CANDELARIA.

Por qué? Su falta no merece tan severo castigo. Se conoce que tambien para él ha soplado hoy mal aire. Le echaré una buena peluca, y tal vez se corrija.

DON FABIAN.

(Por más que haga, no podré impedir que lo sepa.)

DOÑA CANDELARIA.

Qué rezas entre dientes?

DON FABIAN.

Eh?

DOÑA CANDELARIA.

Ni siquiera me oyes, Fabian. Vaya si estás distraido!

ESCENA IV.

DICHOS Y MIGUEL.

Sale por la puerta de la izquierda de segundo término.

MIGUEL.

Qué quiere usted, madre?

DOÑA CANDELARIA.

Quería que salieses de tu huronera, y te vinieses aquí con nosotros. Qué hacías en tu cuarto?

MIGUEL.

Estaba... estaba leyendo.

DOÑA CANDELARIA.

Cosa muy triste sería, porque traes una cara...

MIGUEL.

No... sino que... (Oh, mi padre!) (Viéndole.)

DON FABIAN.

(Sabrá tambien él?...)

DOÑA CANDELARIA.

Pues señor: esto ya va picando en historia.

MIGUEL.

Por qué lo dice usted? (Reprimiéndose y disimulando.)

DOÑA CANDELARIA.

Porque hoy todo el mundo ha pisado mala yerba.

MIGUEL.

No; lo que es yo...

DON FABIAN.

No, ni yo tampoco; sino que tu madre se empeña en que todos tenemos hoy algo que ocultar.

MIGUEL.

Qué aprension!

DOÑA CANDELARIA.

Una cosa no más me consuela. Que ninguno de los dos sabeis fingir. Pero no es justo que yo me devane más los sesos. Un marido puede tener secretos para su mujer: un hijo no debe tenerlos para su madre. Callando tú, estás en tu derecho. Si tú callases, faltarias á tu deber. Habla, ¿qué te sucede?

MIGUEL.

No me sucede nada: ya se lo he dicho á usted.

DOÑA CANDELARIA.

Fabian, haz que tu hijo obedezca á su madre. (Con gravedad.)

DON FABIAN.

Y si no hubiese tal desobediencia?... Si el chico nada tuviera que decir?...

DOÑA CANDELARIA.

Ah! (Creyendo adivinar lo que ocurre y observando á don Fabian y Miguel, que permanecen callados y sin mirarse el uno al otro.) Has hecho algo malo? (Á Miguel.) Lo sabe tu padre, y entre los dos quereis ocultármelo á mí? Qué ha hecho? (Á don Fabian.)

DON FABIAN.

Él?... nada... Miguel es incapaz...

DOÑA CANDELARIA.

Ha contraido malas amistades. Y sobre todo la de ese Paulinito Villena, que es una buena alhaja. Vamos á ver: qué has hecho? Confiésame tu falta, hijo, confiésamela. (Con dulzura.)

MIGUEL.

Pero si yo... Padre le dirá á usted...

DOÑA CANDELARIA.

(Ni se atreve á mirarle.) Miguel, anda y besa la mano á tu padre.

MIGUEL.

Oh, si señora. (Miguel se acerca á su padre y le besa la diestra. Don Fabian le coge la cabeza con ambas manos, y al besarle en la frente con mucha ternura, se le saltan las lágrimas.)

DOÑA CANDELARIA.

Fabian, se te han saltado las lágrimas. Qué es esto?

DON FABIAN.

Qué ha de ser? Que recelando del muchacho, á él y á mí nos afliges.

DOÑA CANDELARIA.

(No sé qué pensar!)

ESCENA V.

DICHOS Y DON DÁMASO.

DON DÁMASO.

(Que siempre ha de estar esta mujer al lado de su marido!) Se puede?... (En la puerta del foro.)

DOÑA CANDELARIA.

Adelante, don Dámaso. Va bien?

DON DÁMASO.

Grandemente. Y ustedes?

DOÑA CANDELARIA.

Mejor que queremos. Siéntese usted.

DON DÁMASO.

Gracias. (Siéntanse los cuatro.)

DOÑA CANDELARIA.

Cuéntenos usted algo, don Dámaso. Qué hay por esos mundos de Dios?

DON DÁMASO.

Por esos mundos de Dios, hay muchos demonios.

DOÑA CANDELARIA.

Mire usted que la gente de algun tiempo á esta parte, anda desatinada.

DON DÁMASO.

Efectos de la primavera.

DOÑA CANDELARIA.

Robos, asesinatos, desafios... Se sabe cómo está ese jóven que se batió dias pasados?

DON DÁMASO.

Creo que sigue bastante mal.

DOÑA CANDELARIA.

Pobrecillo! Y tiene madre?

DON DÁMASO.

Sí, señora.

DOÑA CANDELARIA.

Pobre madre! Mentira parece que los hombres olviden hasta ese punto lo que se deben á sí mismos; lo que deben á sus semejantes y á Dios.

DON DÁMASO.

Yo lo deploro como usted, pero sin dejar de conocer que el

duelo es un mal irremediable, con el cual se eviten acaso otros mayores.

DOÑA CANDELARIA.

Usted siempre el mismo, don Dámaso: siempre con su término medio y su segun y conforme, dando á Dios una mano y la otra al demonio.

DON DÁMASO.

Crea usted, señora, que á veces es imposible evitar un lance de honor.

DOÑA CANDELARIA.

Nunca es imposible obrar bien.

DON FABIAN.

(Por mí lo dice!)

MIGUEL.

(Lo dice por mi padre!)

DON DÁMASO.

Y el honor, amiga mia, y el honor?

DOÑA CANDELARIA.

Y qué es honor, amigo mio, qué es honor? No está en lo posible calcular los males que se originan de una sola palabra, si llega á ponerse de moda con torcida significacion. En nombre del honor, mata el amigo á su amigo, el marido á su mujer, la madre á su hijo: en nombre del honor, se quita el hombre á sí mismo la vida: no hay crímen que en su nombre no pueda cometerse. Pues dígole á usted que si este fuera el honor, habria que mandarle á paseo.

DON DÁMASO.

Entendámonos. Si un hombre recibe una injuria ¿debe tolerarla y resignarse á quedar afrentado? Verdad que no, Fabian?

DON FABIAN.

Yo... á veces...

DOÑA CANDELARIA.

afrenta

Calla y no digas un desatino. Entendámonos. Lo que afrenta, no es recibir una injuria, sino recibirla mereciéndola. De lo contra-

rio, estaría al arbitrio de cualquier tunante, deshonrar á los hombres de bien.

MIGUEL.

Y qué hará el que sin merecerlo, sea gravemente injuriado?

DOÑA CANDELARIA.

Perdonar, hijo, perdonar.

DON DÁMASO.

Eso se dice fácilmente.

DON FABIAN.

Con dificultad se ejecutan las cosas buenas: las malas son las que, por lo regular, cuestan poco trabajo.

DOÑA CANDELARIA.

Así me gusta!

DON DÁMASO.

Pero, señor; no siempre se puede perdonar!

DOÑA CANDELARIA.

Tribunales hay en el mundo.

DON DÁMASO.

Quite usted allá. Para reparar una afrenta, solo aprovecha, entre caballeros, la justicia que cada cual se toma por su mano. aprovecha

DOÑA CANDELARIA.

Segun eso, los tigres deben ser caballeros á carta cabal. Y ¿quiere usted decirme de qué aprovecha esa justicia? tigres

DON DÁMASO.

Señora, un duelo no da la razon al que no la tenga; pero al que la tiene...

DOÑA CANDELARIA.

Se la quita. El duelo—créalo usted—es un juego de azar; el peor de todos, porque peor es jugarse la vida que jugarse el dinero: es crímen abominable y absurdo ridículo, todo en una pieza. Caso práctico, señor don Dámaso. Cuando, años atrás, le dieron á usted un bofeton... práctico

DON DÁMASO.

Un bofeton á mí! No, señora. Está usted trascordada. No fué bofeton.

DOÑA CANDELARIA.

Pues ¿qué fué?

DON DÁMASO.

Un puñetazo.

DOÑA CANDELARIA.

Y ¿no es lo mismo?

DON DÁMASO.

Qué ha de ser lo mismo! Un bofeton... es un bofeton: y un puñetazo...

DOÑA CANDELARIA.

Un puñetazo. Olvidaba que, segun las sublimes leyes del honor, afrenta más una mano abierta que una mano cerrada. Pero en fin, cuando aquel bárbaro, si no con la palma, con el puño, le deshizo á usted las narices, ¿quedó usted rehabilitado porque despues, á mayor abundamiento, le desorejase de un sablazo?

DON DÁMASO.

Mucho que sí.

DOÑA CANDELARIA.

homeopático

De modo, que el duelo es un sistema homeopático, donde, por aquello de similia simílibus, un trastazo se cura con otro?

DON DÁMASO.

Lo que hay, señora, es que las injurias se lavan con sangre.

DOÑA CANDELARIA.

Lo de siempre. Á falta de una buena razon, una frase magnífica. Lavar con sangre! Bueno está el lavatorio. Mire usted, santo varon, que la sangre no lava; que lo que hace es manchar, y que mancha de sangre, difícilmente se borra.

DON FABIAN.

(Ay, es verdad!)

DOÑA CANDELARIA.

Cuidado que en poniéndose los hombres á disparatar!... «Caba-

llero (dice un caballero á otro caballero), usted me ha ofendido y necesito una reparacion:» y el caballero retado, responde caballerosamente al caballero retador: «Estoy pronto á dársela á usted;» y ¡zás! lo que le da es una estocada ó un tiro, y ya queda todo arreglado. Si los pollinos discurriesen, ¿discurririan de otra manera? El sentido comun ve más claro en este particular. Va un hombre á batirse ofendido y vuelve apaleado? Pues trae la misma ofensa que llevó, y un trastazo por añadidura. Y vencido ó vencedor, sobre la injuria, trae un delito. El que solo era desgraciado, es ya desgraciado y delincuente; y una desgracia no se remedia con un crímen.

DON FABIAN.

(Hice lo que debia!)

MIGUEL.

(Sí: mi madre tiene razon!)

DON DÁMASO.

Y ¿prefiere usted, por ventura, que en vez de pelear se asesinen los hombres?

DOÑA CANDELARIA.

Prefiero que no se maten de ninguna manera.

DON DÁMASO.

Ya!... pero creo que entre un duelo y un asesinato, hay gran diferencia.

DOÑA CANDELARIA.

En el resultado, ninguna. Y aun se me figura á mí que el duelista que riñe con ventaja, no tiene poco de asesino.

DON DÁMASO.

Hombre, dile á tu mujer que desde que el mundo es mundo, se ha batido la gente.

DOÑA CANDELARIA.

Tambien ha robado. Sostenga usted que es bueno robar. robar

DON DÁMASO.

Los hombres de bien no roban, y se baten. baten

DOÑA CANDELARIA.

Alguna vez por obcecacion ó debilidad. Pero repare usted bien

en esos que hacen profesion de matones, y verá que para llegar á ser buenos duelistas, han empezado por ser grandísimos tunos, y que si buscan el honor provocando á la gente, y dando ó recibiendo estocadas, es porque de otro modo no lo pueden hallar.

DON DÁMASO.

Pues no me convenzo! La cobardía, es el mayor pecado que se puede cometer en el mundo.

DOÑA CANDELARIA.

Cobardía

Pues convénzase usted: porque pelear á la fuerza, por miedo del qué dirán, eso es cobardía; y atreverse á no reñir, aun á riesgo de parecer cobarde, eso es valor.

MIGUEL.

Don Dámaso, no hay cobarde que no sea capaz de batirse. Con miedo, se acepta un desafio; para lo que se necesita valor, es para rechazarlo.

DON FABIAN.

Dámaso, el que se bate, lucha con un hombre solo: el que no se quiere batir, lucha con la sociedad entera, y la vence.

DON DÁMASO.

Todos contra mí! Pase que una mujer diga ciertas cosas, pero ¡que tú las digas tambien... tú! Ya sabes que hoy sin falta, he de hablarte de aquel negocio. (Como tomando una resolucion, levantándose y acercándose á él.)

DOÑA CANDELARIA.

Hola: secretitos tenemos.

DON DÁMASO.

Ca, no señora; sino que por no fastidiar á usted, hablando de negocios...

DOÑA CANDELARIA.

Ba! No ignora usted que yo las cazo al vuelo. Vente, Miguel.

DON DÁMASO.

Lo que es ahora...

DOÑA CANDELARIA.

Ah! (Deteniéndose ya cerca de la puerta de la izquierda como asaltada de

una idea repentina.) Fabian, has tenido alguna noticia de mi hermano? (Volviendo rápidamente al proscenio.)

DON FABIAN.

No, ninguna.

DOÑA CANDELARIA.

Dime la verdad. Está malo? Le ha sucedido alguna desgracia? Ha tenido algun desafio?

DON FABIAN.

Un desafio? (Don Fabian, don Dámaso y Miguel, se estremecen.)

DOÑA CANDELARIA.

Si, porque como él es tan pendenciero... Tu tristeza, la de Miguel, esta conversacion, el empeño de don Dámaso en disculpar á los duelistas... Se ha batido? Dímelo, por Dios.

DON FABIAN.

Puedo asegurarte que nada sé.

DOÑA CANDELARIA.

De veras?

DON FABIAN.

De veras.

DOÑA CANDELARIA.

Y tú ¿sabes algo? (Á Miguel.)

MIGUEL.

Nada, madre.

DOÑA CANDELARIA.

Y usted?

DON DÁMASO.

Menos aún.

DOÑA CANDELARIA.

Ojalá que me engañe! Cualquiera otra desgracia, me pareceria menor.

DON FABIAN.

(Dice bien!)

DOÑA CANDELARIA.

Pero lo cierto es que ustedes me ocultan algo; y hasta que sepa de Diego, no podré estar tranquila.

MIGUEL.

No se mortifique usted con vanas aprensiones.

DOÑA CANDELARIA.

Vamos á ponerle un parte telegráfico. (Á Miguel.)

DON FABIAN.

Haz lo que quieras.

DON DÁMASO.

Bien pensado. Á qué se ha de quedar usted con esa zozobra? (Así nos la quitaremos de encima.)

DOÑA CANDELARIA.

Vamos, hijo?

MIGUEL.

Sí, madre: vamos adonde usted quiera.

ESCENA VI.

DICHOS, MEDINA Y BERNABÉ.

Aquel con una caja de pistolas debajo del brazo, y éste con una maleta.

BERNABÉ.

Aguarde usted á que pase recado. (Dentro.)

MEDINA.

Eh, quita!

DOÑA CANDELARIA.

Esa voz...

MEDINA.

Yo soy de casa. (Saliendo por la puerta del foro, seguido de Bernabé.)

DOÑA CANDELARIA.

Diego! (Corriendo á abrazarle.)

MIGUEL.

(Mi tio!)

DON FABIAN.

(Él aquí!)

MEDINA.

Déjame soltar este chisme. Cuidado que son pistolas y están cargadas. (Poniendo la caja de las pistolas encima de la mesa.)

DOÑA CANDELARIA.

Que no hayas tú de dar un paso, sin las dichosas pistolitas!

MEDINA.

Hola, buena alhaja. No abraza usted á su tio?

MIGUEL.

Con mil amores. (Abrazando á Medina.)

MEDINA.

Oh, que está aquí don Dámaso. (Dándole la mano.)

DON DÁMASO.

Bien venido.

MEDINA.

Fabian! No te habia visto. Gracias, Fabian, gracias. Eres todo un hombre. Siento que te hayas metido en eso, pero tu noble proceder... (Don Fabian le hace señas, que él no repara.)

DON DÁMASO.

Y ¿cómo es que le tenemos á usted por aquí?

DOÑA CANDELARIA.

Qué decias á Fabian?

MEDINA.

(Ah, sí: ésta ignorará...)

DOÑA CANDELARIA.

No oyes?

MEDINA.

Sí. Le decia... Creerás que ya no recuerdo qué estaba diciendo?

DOÑA CANDELARIA.

(Tampoco éste quiere hablar.)

MEDINA.

Pues he venido, (Dirigiéndose á don Dámaso.) porque el Gobierno me ha mandado venir.

DOÑA CANDELARIA.

Decias á Fabian que sentias que se hubiese metido en no sé qué cosa, pero que su noble proceder...

DON DÁMASO.

Y á qué buen tiempo ha venido usted! Esta señora estaba empeñada, en que le habia sucedido á usted algo.

MEDINA.

Mi hermana siempre ha sido muy visionaria.

DON FABIAN.

Mira, mujer: Diego querrá lavarse un poco.

DOÑA CANDELARIA.

Ven conmigo. Síganos usted. (Á Beruabé.)

MEDINA.

(Luego hablaremos.) (Bajo á don Fabian.)

DON DÁMASO.

(Déjanos tú tambien.) (Bajo á Miguel.)

DOÑA CANDELARIA.

(Qué será?) (Observándolos á todos. Vánse por la puerta de la izquierda de primer término.)

ESCENA VII.

DON FABIAN Y DON DÁMASO.

DON DÁMASO.

Gracias á Dios que nos vemos solos. Qué piensas hacer?

DON FABIAN.

Lo que únicamente puedo: tener paciencia.

DON DÁMASO.

Conque es verdad? Conque te empeñas en no batirte?

DON FABIAN.

Sí. Ya lo has debido comprender.

DON DÁMASO.

Oye, Fabian. Mi primer cuidado, fué ver si lograba templar la cólera de Villena, y arreglar pacíficamente este negocio. Vana diligencia! Y en el punto á que han llegado las cosas, no creo que haya términos hábiles para evitar el desafio.

DON FABIAN.

Eso me dices tú, Dámaso, tú que eres mi amigo?

DON DÁMASO.

Porque soy tu amigo, te advierto que para vivir en sociedad no hay más remedio que someterse á la ley de las mayorías, aunque estas se compongan de tontos ó malvados, como puede muy bien suceder. Recuerda los insultos que Villena te ha dirigido: recuerda en qué ocasion y con qué circunstancias: considera que te ha desafiado, que te volverá á desafiar, y que, al fin y al cabo, tendrás que hacer por fuerza, lo que no quieres hacer voluntariamente. Pues, hombre, pecho al agua; vuelve por tu honra ofendida, y no se diga de tí que eres un Juan Lanas, que se deja sopetear. Sopetear Un duelo no es cosa tan grave como parece á primera vista. Aquí me tienes á mí que me he batido muy bien, segun dicen, y puedes creer, sin temor de equivocarte, que el Cid fué algo más valiente que yo. Te confesaré en confianza, que cuando aquel maldito lance, pensé muy formalmente morirme de miedo. Y ¿qué sucedió? Que salí al campo, y que una vez allí, hice lo que cada hijo de vecino hubiera hecho en mi lugar. Tenia por seguro perder la vida en el combate, y no perdí más que la miseria de media oreja; saliendo en realidad ganancioso, porque ¿quién no da media oreja, por adquirir fama de valiente? Ahora, ya lo ves, paso por hombre terrible, nadie se atreve á jugar conmigo; y si, por acaso, algun temerario se me desmanda, puedo impunemente perdonarle la vida, dándome tono de padre grave, escupiendo por el colmillo, y diciendo que tengo hechas mis pruebas. Si vieses qué gran comodidad es esto de tener uno hechas sus pruebas! Con que ánimo, Fabian! Baladrones insolentes como Villena, son los adversarios menos temibles. En tres de sus cinco desafios, ha salido

ese Fierabras con las manos en la cabeza. Procura tú que salga ahora sin cabeza á que poder llevarse las manos.

DON FABIAN.

Pero ¿acaso imaginas que si no riño con él, es por miedo ó por falta de voluntad? No, Dámaso: mi gusto sería matar á ese hombre. Me siento capaz de beber su sangre. He cambiado tanto en algunas horas! Con mil afanes y muy poco á poco se sube la cuesta de la virtud; y luego, de pronto la baja uno despeñado: años y años lucha uno denodadamente con las malas pasiones; y cuando piensa que para siempre las tiene ya vencidas, á un solo choque, revuélvense y levántanse amotinadas las heces del corazon, y todo le enturbian y envenenan. Ay, Dámaso, qué horrible desengaño es este! Poco há me consideraba yo dichoso: á todo el mundo amaba: á los buenos, porque eran buenos, y á los malos, porque eran malos y me daban compasion: ni á una hormiga hubiera querido acusar daño. Ahora, solo se ofrecen á mi imaginacion escenas de sangre, de muerte y exterminio: ahora, busco en mí un poco de humildad, un poco de resignacion, y únicamente hallo vanidad, ira, soberbia, odio, deseo de venganza: ahora, no concibo que el hombre pueda sentir más que un placer: uno solo: el placer de vengarse. Pienso en mi mujer y mi hijo, y viendo en ellos un obstáculo á la satisfaccion de mi deseo, quisiera poder odiarlos, quisiera que me aborreciesen. Pienso en Dios, y mi razon pone asechanzas á mi fé, y siento agitárseme el alma en espíritu de rebeldía. Resistir á la tentacion de lidiar con mi enemigo; eso es lo que me cuesta mucho trabajo. Lidiar con él; eso sería lo cómodo y fácil para mí. Voluntad? No la tengo para otra cosa. Valor? Si todoel mundo defendiese á Villena, con todo el mundo me atreveria. Pero mi hijo, que es tan bueno... mi mujer, que tanto me quiere... mi Dios, que me crió y padeció por mí muerte de cruz!... Por eso no me bato... por eso, por eso!

DON DÁMASO.

Siéntate y procura tranquilizarte. (Haciendo que se siente.) Qué modo de tomar las cosas! Cierto es que ni como esposo, ni como padre, ni como cristiano, deberias aceptar ese duelo. Claro está: no deberias aceptarle. Lo mismo pienso yo. Pero—qué diablos!—en el mundo no es posible llevar las cosas tan á punta de lanza·

Míralo bien: si te empeñas en hacer oídos de mercader á una provocacion semejante, ya puedes renunciar el cargo de diputado, y volverte á Zamora; bien que ni allí te librarias de la rechifla que te aguarda. Para mayor desgracia tuya, se te ha ocurrido ir á probar en esta ocasion que tienes talento. Mas te valiera tener el cólera morbo! Ay de tí, Fabian! Ay del hombre que cause envidia, y no logre al mismo tiempo causar temor! Algunos verás respetados y enaltecidos á las nubes, por el solo mérito de tener malas pulgas, y estar siempre dispuestos á romperse el bautismo con el prójimo. No sabes tú qué negocio tan productivo es tener mal genio! Otros de condicion blanda y apacible, son irremisiblemente por esto solo, objeto de mofa y desden. Pues ¿qué te sucederá á tí, desdichado, á tí que vas á dar con tu conducta, el mayor ejemplo de debilidad, que dieron nunca los nacidos? Ya veo corrillos que se forman para quitarte el pellejo, en paseos, tertulias, plazas y cafés: ya tengo en la mano tarjetitas fotográficas, representándote con figura de gallina: ya oigo tus alabanzas cantadas por la prensa periódica, por ese monstruo de innumerables lenguas que todo lo charla y en todas partes se hace oir. Hoy que á los inquisidores que torturaban el cuerpo, han reemplazado otros inquisidores que se gozan en torturar las almas; hoy que por tantos se ejerce á mansalva la tiranía, en nombre de la libertad; hoy que la maledicencia es oficio asalariado, y llave que abre todas las puertas, ¿qué mayor ganga que un hombre público inofensivo, á quien se pueda tratar mal impunemente? No lo dudes: caerán sobre tí los detractores con uñas y dientes afilados, seguros de poderte arañar y morder, sin riesgo ninguno: caerán sobre tí los cobardes para darse tono de valientes; y constantemente estarás en ridículo, y el dia menos pensado, reventarás de un sofocon.

DON FABIAN.

Y ¿qué importa ser despreciado por hombres despreciables? Qué importa ser aborrecido por hombres aborrecibles? No hay en esto motivo de pena, sino de alegria: no hay en esto mengua, sino honra.

DON DÁMASO.

Es que no solo perderias la estimacion de los bribones, sino tam-

bien la de todas aquellas personas que, no por ceder á las preocupaciones sociales, dejan de ser honradas, y—¿qué quieres?—yo mismo...

DON FABIAN.

Tú! Qué vas á decir?

ESCENA VIII.

DICHOS Y BERNABÉ.

BERNABÉ.

Señor.

DON FABIAN.

Qué hay?

BERNABÉ.

El criado del cuarto principal, ha traido esta carta.

DON FABIAN.

El criado del cuarto principal?

BERNABÉ.

Me parece que yo no hablo en francés.

DON FABIAN.

Eh, qué es eso?

BERNABÉ.

Lo digo, porque como usted no me entiende...

DON FABIAN.

Traiga usted acá. (Quitándole la carta de la mano.)

BERNABÉ.

No, pues como me busque la lengua... (Á bien que ahora todos somos iguales.) (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA IX.

DON FABIAN Y DON DÁMASO.

DON FABIAN.

Es de Villena! (Despues de haber abierto la carta.)

DON DÁMASO.

No tiembles, hombre, no tiembles.

DON FABIAN.

Tiemblo de ira.

DON DÁMASO.

Veamos qué dice.

DON FABIAN.

«Es usted tan vil y cobarde...» (Leyendo.) Vil y cobarde. Oyes esto?

DON DÁMASO.

Adelante.

DON FABIAN.

«Es usted tan vil y cobarde, (Leyendo.) que no merecia sino que »yo le escupiese á la cara.» Oh, qué villanía!

DON DÁMASO.

Cuando te digo que la cosa no tiene remedio.

DON FABIAN.

«Pero en vano se niega usted á reñir conmigo. Este es mi se»gundo reto. Esperaré un cuarto de hora su respuestá. Si no la »recibo en ese tiempo, iré yo en persona á pedírsela á usted. Con»fio en que no dará usted lugar á semejante escándalo, bien que »todo se pueda temer de quien tiene tanto miedo y tan poca ver»güenza.»

DON DÁMASO.

Es un demonio en figura humana!

DON FABIAN.

Dios mio, que yo me vea tratado así! Á mis años! Un padre de familia!... (Sentándose en una silla al lado del velador, y dejando caer al suelo la carta de Villena.)

DON DÁMASO.

Pues ten por seguro que Villena hará pública esa carta. Vacilarás aun?

DON FABIAN.

Cómo he de vacilar? No hay paciencia que al fin no se acabe.

(Levantándose.) Reñiré con ese villano.

DON DÁMASO.

Así hablan los hombres!

DON FABIAN.

Y le mataré.

DON DÁMASO.

Ojalá! Necesitas dos padrinos. Claro está que yo soy uno de ellos; y para ganar tiempo, corro en seguida á verme con los de Villena. Esta misma tarde quedará arreglado el negocio, y mañanita con la fresca... Adios.

DON FABIAN.

Oye... aguarda...

DON DÁMASO.

Para qué?... Estas cosas cuanto menos se piensen...

DON FABIAN.

Morir en un desafio!... Morir el cuerpo y quedar condenada el alma tal vez á morir eternamente!...

DON DÁMASO.

Volvemos á las andadas?

DON FABIAN.

Se ha de buscar el remedio de un mal fugaz, en un mal eterno? Por dar gusto al mundo, ha de ser uno malo contra su voluntad? Por hacerse uno amigo de los hombres, ha de hacerse enemigo de Dios?

DON DÁMASO.

Pero advierte...

DON FABIAN.

Y acaso ignoras que Villena tiene un hijo? Los dos somos padres. Mentira parece que un padre quiera hacer huérfanos á los hijos de los demás!

DON DÁMASO.

En resumidas cuentas, aceptas ó no ese desafio?

DON FABIAN.

No. (Con firmeza.)

DON DÁMASO.

No?

DON FABIAN.

No.

DON DÁMASO.

Haz lo que gustes. Pero ya que te empeñas en ir contra la corriente del mundo, no culpes á quien no quiera ser compañero tuyo de viaje. Treinta años há que nos conocemos: considera si romper tan antiguos lazos será plato de gusto para mí.

DON FABIAN.

Quieres abandonarme?

DON DÁMASO.

Á tí nada se te da de estar en ridículo: á mí no hay cosa que más me asuste. ridículo

DON FABIAN.

Dámaso; ten lástima de un infeliz!

DON DÁMASO.

Yo sé que no es miedo, sino virtud, lo que hace de tí una excepcion del género humano: sé que para santo debe faltarte ya muy poco. Si fuera Papa, desde luego te canonizaría. En secreto, admiraré tu fortaleza: en público, diré que eres un cobarde: estimándote en realidad, haré como que te desprecio. desprecio

DON FABIAN.

Dámaso!... (En tono de triste reconvencion.)

DON DÁMASO.

Puedes creer que lo siento de véras. Mira cómo se me saltan las lágrimas... Dame un abrazo.

DON FABIAN.

Dámaso! Dámaso! (Muy afligido.)

DON DÁMASO.

Qué pícaro mundo, verdad? Pero ¿qué remedio? Como no hay otro, con ese es preciso vivir. (Váse por la puerta del foro, enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

ESCENA X.

DON FABIAN y despues MEDINA.

Don Fabian se arrodilla despues de algunos instantes de silencio, durante los cuales habrá tenido fija la vista en el sitio por donde se ha ido don Dámaso.

DON FABIAN.

Ea, Dios mio, envíame nueva y mayor mortificacion. Eso me probará que te acuerdas de mí. Ea, Dios mio, pon en mis hombros tu cruz. No me rendirá su peso. Tú me ayudarás á llevarla.

(Medina sale con traje de calle por la puerta de la izquierda de primer término.)

MEDINA.

Qué haces?

DON FABIAN.

Eh! Qué?... Nada: recoger este papel que se me habia caido.

MEDINA.

En seguida tengo que ir al Ministerio. Aprovechemos estos instantes. Estás agitado. Ocurre algo de nuevo? Quién te escribe esa carta?

DON FABIAN.

Villena.

MEDINA.

Villena. Á ver, trae. (Tomando la carta de manos de don Fabian.) «Es usted tan vil y cobarde.» (Leyendo.) (Don Fabian se estremece.) Cómo! «Que no merecia sino que yo le escupiese á la cara.»

DON FABIAN.

Lée bajo... que yo no lo oiga. (Medina continúa leyendo la carta con la vista.) Otra vez los insultos hacen hervir mi sangre! Es que no quieres oirme, Señor? Qué dia tan cruel y tan largo! Si este dia no se acaba nunca!

MEDINA.

Villena ha osado enviarte este papel?

DON FABIAN.

Sí.

MEDINA.

Habias desoido su primera provocacion?

DON FABIAN.

Sí.

MEDINA.

Y ahora estás ya resuelto á castigar á ese insolente, no es verdad?

DON FABIAN.

Estoy resuelto á no batirme.

MEDINA.

Qué dices? Deliras? Dios sabe que para siempre está grabado en mi corazon el favor que te debo. Dios sabe que, aun á costa de la mitad de mi existencia, hubiera querido evitar que te vieses en tal conflicto por causa mia. Pero ya en este negocio no cabe compostura. Fabian, si tienes sangre en las venas ¿cómo es posible que dejes de hacer lo que haria en tu lugar el hombre más bajo y despreciable?

DON FABIAN.

Creo no haberte pedido consejo.

MEDINA.

Yo te lo daré, aunque tú no lo pidas. Harto siento verme obligado á esperar vez para romperle el alma al susodicho caballero. Puesto que no hay otro remedio, puesto que así lo reclama tu honra, que es la de mi familia, riñe con él ántes que yo, pero riñe en la confianza de que si logra escapar ileso de tus manos, luego en las mias encontrará su merecido.

DON FABIAN.

Diego, ese duelo no se verificará.

MEDINA.

Qué miedo tan indigno!

DON FABIAN.

Si: tengo miedo de ofender á Dios.

MEDINA.

En ciertos casos, el hombre bien nacido no puede acordarse más que de su honor. Considera que de tu mengua á todos nos alcanzaría alguna parte. ¿Quieres que tu esposa tenga que bajar avergonzada la vista, delante de la gente, que se ria de su marido?

DON FABIAN.

Diego!... Diego!...

MEDINA.

¿Quieres que tu hijo sea hijo de un cobarde, y empiece á vivir entre los hombres con nota de infamia?

DON FABIAN.

Me estás destrozando el corazon!

MEDINA.

¿Quieres que yo, para hacer ver que no soy cómplice en tu deshonra, deje de poner los pies en tu casa y te niegue el saludo?

DON FABIAN.

Tú tambien!

MEDINA.

Si no te portas como persona decente, figúrate que no me conoces.

DON FABIAN.

Pero Diego...

MEDINA.

Lo dicho. (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA XI.

DON FABIAN y despues MIGUEL.

DON FABIAN.

¿Conque soy un infame de quien huirá la gente como de un leproso, por temor del contagio? Estoy aturdido. (Sentándose.) No sé lo que me pasa. Oh qué trabajo cuesta ser hombre de bien! Vál—

game Dios! Válgame Dios! (Oculta el rostro entre las manos y llora. Miguel sale por la puerta de la izquierda de segundo término, con un papel en la mano)

MIGUEL.

Está llorando. Aquella debe ser la carta. (Por la de Villena que estará encima del velador.)

DON FABIAN.

Ah! (Enjugándose las lágrimas precipitadamente.) Eres tú? Ven acá, hijo mio, ven con tu padre. Siéntate. (Miguel se sienta al lado de su padre.) Qué me alegro de verte! Me quieres mucho, verdad?

MIGUEL.

Sí, padre: mucho.

DON FABIAN.

Oh, no sabes qué necesidad tan grande tengo ahora de que me quieras! Me parece que tu madre decia bien. Estás triste. Qué penas puedes tú sentir, vida mia?

MIGUEL.

Padre... deseo hablar con usted de una cosa muy importante, y no me atrevo.

DON FABIAN.

Por qué? Es eso lo que te aflige? Habla sin temor.

MIGUEL.

Si usted me dá su permiso...

DON FABIAN.

Ya te he dicho que hables.

MIGUEL.

Pues me han contado que hoy en el Congreso....

DON FABIAN.

Ah!... (Lo sabe!)

MIGUEL.

Usted y el señor Villena...

DON FABIAN.

Sí, con efecto: hemos tenido un disgustillo.

MIGUEL.

Sí, eso es... pero creo que él le ha dirigido á usted... palabras algo duras... verdaderos insultos... insultos crueles.

DON FABIAN.

No... no tanto... Se acaloró mucho... y como es tan irascible... Ya comprenderás que al insultarme sin razon, él es quien ha salido perdiendo.

MIGUEL.

Ciertamente... pero... ya se vé... el mundo piensa de un modo tan particular...

DON FABIAN.

(Temblando estoy!)

MIGUEL.

Y dicen...

DON FABIAN.

Qué... qué dicen?

MIGUEL.

Que no contento con insultarle á usted, le ha desafiado.

DON FABIAN.

Sí, me ha desafiado.

MIGUEL.

Y añaden que usted no ha querido aceptar el desafio.

DON FABIAN.

Pues es verdad.

MIGUEL.

Ah!... con que... es verdad. (Bajando los ojos.)

DON FABIAN.

Lo sientes tú, Miguel?

MIGUEL.

Yo, padre? Yo sentirlo?

DON FABIAN.

(Dios me ampare: lo siente!)

MIGUEL.

Al contrario: me alegro. Cómo no he de alegrarme?

DON FABIAN.

Ya ves; arriesgar mi vida en un desafio!...

MIGUEL.

¿Usted arriesgar su vida, usted que es tan bueno!

DON FABIAN.

Y teniendo un hijo como tú!

MIGUEL.

Oh, no: ha hecho usted bien.

DON FABIAN.

Verdad que sí, hijo de mi alma? Tú lo apruebas, eh? Mi hijo lo aprueba!... Gracias á Dios! Gracias á Dios!

MIGUEL.

Solo que esa carta que Villena le ha escrito á usted...

DON FABIAN.

Quién te lo ha dicho?

MIGUEL.

Su hijo me ha enviado una copia.

DON FABIAN.

Qué iniquidad!

MIGUEL.

Dice que se toma interés por mí, y, á fuer de amigo, me aconseja que le hable á usted, que procure animarle... Como á él no se le da gran cuidado de que su padre se exponga á morir!... Aquí está ese papel, aquí está! (Enseñándole á don Fabian el que trae en la mano.) Que un hombre como Villena se atreva á denostar así á un hombre como usted! Se ha enterado usted bien de esta carta? Oh, padre, rómpale usted la mano con que la ha escrito!

DON FABIAN.

Miguel!

MIGUEL.

No me haga usted caso... Estoy loco!

DON FABIAN.

Antes decias...

MIGUEL.

Sí, señor... pero esa carta, esa carta!...

DON FABIAN.

Lloras, Miguel?

MIGUEL.

Es una infamia lo que ese hombre hace con usted! Una infamia que nadie toleraría, nadie! ¿Cómo he de aconsejarle yo á usted que se bata: cómo he de querer yo que mi padre arriesgue su vida!... Pero con tan horrible afrenta ¿se puede vivir!

DON FABIAN.

Vete, Miguel, vete: déjame solo.

MIGUEL.

Padre...

DON FABIAN.

Vete en seguida. (Váse Miguel por la puerta de la izquierda de segundo término.)

ESCENA XII.

DON FABIAN y despues BERNABÉ.

DON FABIAN.

Ser despreciado por mi hijo? No: eso no! Mis fuerzas no alcanzan á tanto! Qué hay? Á qué viene usted aquí?

BERNABÉ.

Un caballero quiere ver á usted.

DON FABIAN.

Quién es?

BERNABÉ.

El vecino. (Con sorna.)

DON FABIAN.

Qué vecino?

BERNABÉ.

El del cuarto principal.

DON FABIAN.

Villena en mi casa! Qué atrevimiento! Me amenazó con venir, y ahí está! Que pase.

BERNABÉ.

(Parece que se emberrenchina.)

DON FABIAN.

Vamos, avívese usted.

BERNABÉ.

No hay que gritar tanto, que no soy sordo.

DON FABIAN.

Deslenguado! (Yendo hácia él con aire amenazador.)

BERNABÉ.

Conmigo... se atreverá usted á echar roncas.

DON FABIAN.

Eh?... Qué quiere usted decir?

BERNABÉ.

Nada: yo me entiendo. (Parece que se emberrenchina.) (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA XIII.

DON FABIAN y despues VILLENA.

DON FABIAN.

Tambien mis criados saben mi deshonra. Tambien ellos se consideran autorizados para faltarme al respeto! Calma, calma, que bien la necesito. Héle ahí.

VILLENA.

Vengo á preguntarle á usted si se ha propuesto que yo le asesine.

DON FABIAN.

Crée usted que aun no me ha hecho bastante daño?

VILLENA.

Y usted ¿crée que se puede ofender impunemente á un hombre como yo? Muy cómodo sería, en efecto, insultar á la gente, y luego negarse á darle satisfaccion, bajo el pretexto de que verter sangre es pecado. Oh, esta vez ha echado usted la cuenta sin la huéspeda. Á mí no se me para con ridículos aspavientos de mentida religiosidad, y, sea como sea, he de tomar de usted sangrienta venganza.

DON FABIAN.

No es cierto que yo le haya insultado á usted. Me he limitado á defender á una persona de mi familia, acusada públicamente de venal, llamando calumnia á lo que no tiene otro nombre, que yo sepa. Y es singular que el malvado no tenga vergüenza al delinquir, y la tenga despues al oir el nombre de su delito.

Vergüenza

VILLENA.

Mire usted lo que dice.

DON FABIAN.

Usted es el que me ha ofendido á mí, tanto como cabe en lo posible ofender á una criatura humana, con saña cruel, con bárbara insistencia. Usted es el que ha osado escribirme esta carta soez, esta carta infame, que aun está muy honrada debajo de mis pies. (La rompe, la tira y le pone un pié encima.)

VILLENA.

Señor don Fabian, recuerde usted que estoy en su casa.

DON FABIAN.

Pues crée usted que eso es para olvidado? Su presencia de usted aquí, á todo me autoriza.

VILLENA.

Natural es que usted ni siquiera haya comprendido la importancia de su falta. Usted, que nada vale ni significa, no puede apreciar justamente la delicadeza de los hombres que hemos llegado á conquistar puestos muy altos en el mundo. Sabe usted bien quién soy yo?

DON FABIAN.

Lo sé perfectamente. Es usted uno de esos audaces que por los

méritos de intrigar á todas horas, de traficar villanamente con su conciencia, de enriquecerse por arte de magia, adquieren el derecho de llamarse hombres importantes, y son vivo testimonio de lo que en el mundo pueden el descaro y la procacidad. descaro

VILLENA.

Pero supongo que no me hablaría usted de tal manera, si no hubiese perdido ya la esperanza, de esquivar el riesgo que le intimida. Supongo que esa es ya la desesperacion del cobarde que se ve llevado por fuerza al campo del honor. Supongo que ha llegado ya el momento, de que el hipócrita arroje la máscara de santidad, con que en vano quiso ocultar su vergonzosa cobardía.

DON FABIAN.

Mire usted: yo no queria batirme—ya sabe usted por qué—porque soy un necio, un mentecato, que crée muy formalmente llevar en sí un alma inmortal; que crée en la gloria y en el purgatorio y hasta en el infierno—ria usted cuanto quiera;—que crée en Dios, en una palabra, y aun tiene la poca aprension de decirlo. Tales razones—claro está—no podian parecerle á usted satisfactorias. Esto de creer en el Dios del catecismo, se queda bueno para la gente de cortos alcances, pusilánime y ruin; que ustedes, los hombres de voluntad propia y juicio independiente, saben hacerse á cada momento dioses á su gusto; dioses compatibles con esa dignidad humana, que consiste en rechazar con ira y soberbia el yugo de sagrado deber, y en aceptar humildemente el de ridículas ó viles preocupaciones.

VILLENA.

Pero usted ha logrado ya acallar el escrúpulo que le impedia batirse, no es esto?

DON FABIAN.

Para no batirme, tengo todavía muchas razones. Usted, abandona adrede á su hijo para que piense y obre como quiera; yo, estoy consagrado á guiar al mio por el camino de la virtud: usted, muriendo, á nadie causaría sino afliccion muy pasajera; yo, arrastraría conmigo al sepulcro á una mujer, en quien durante veinticinco años, solo he visto amor, abnegacion, piedad: usted, al dia siguiente de haberme dado muerte, se iría á comer de fonda con

sus amigos; yo, si le matara á usted, quedaría condenado á morirme de pena y de remordimiento: usted, no vive más que para gozar los mezquinos bienes de la tierra; yo, vivo para merecer los bienes infinitos del cielo: usted, no llevaría al combate más que la vida en que crée, la vida temporal, es decir, un instante de vida; yo, llevaría una vida eterna. Pues dígame usted si un duelo entre los dos, sería un duelo igual: dígame usted si se debe jugar una vida que vale tanto, contra una vida que vale tan poco.

VILLENA.

Señor don Fabian!

DON FABIAN.

¿Por qué no se ha de admitir la desigualdad de las almas, como la desigualdad de las clases? Si á usted le desafiase un mendigo ¿no diría usted; yo no me bato con un mendigo? Pues ¿por qué cuando un canalla desafia á un hombre de bien, no ha de poder decir el hombre de bien, yo no me bato con un canalla?

VILLENA.

Oh! (Yendo hácia don Fabian.)

DON FABIAN.

Qué hace usted?

VILLENA.

Una palabra sola. Quiere usted batirse? Sí ó no?

DON FABIAN.

Quiero matarle á usted.

VILLENA.

Ah, ya era tiempo!

DON FABIAN.

Ya somos los dos igualmente infames.

VILLENA.

Esa vida eterna de que usted habla, me parece poca para arrebatársela á usted. Padrinos? (Acercándose mucho el uno al otro y en voz muy baja.)

DON FABIAN.

Don Dámaso y la persona que él designe.

VILLENA.

Cuándo?

DON FABIAN.

Cuando usted quiera.

VILLENA.

Mañana?

DON FABIAN.

Mañana.

VILLENA.

Armas?

DON FABIAN.

Todas me son iguales.

VILLENA.

La pistóla?

DON FABIAN.

La pistola.

VILLENA.

Á ocho pasos.

DON FABIAN.

Á seis.

VILLENA.

Y quede uno de los dos en el sitio.

DON FABIAN.

Eso es.

VILLENA.

Hasta mañana. (Váse por la puerta del foro.)

DON FABIAN.

Hasta mañana. Oh! mi mujer! (Viendo en el espejo que hay sobre una chimenea, colocada en primer término á la derecha, á doña Candelaria, que ha salido un momento ántes por la puerta de la izquierda de primer término, quedándose apoyada en una de las colgaduras de la misma. Don Fabian inclina la cabeza y permanece vuelto de espaldas á su mujer. Ésta le mira ató-

nita, sin atreverse á despegar los lábios, hasta que despues de haber hecho un violento esfuerzo sobre sí misma para serenarse, acércase á don Fabian y le pone una mano en el hombro.)

ESCENA XIV.

DON FABIAN Y DOÑA CANDELARIA.

DOÑA CANDELARIA.

Fabian, esta noche á las nueve sale una diligencia para Zamora. Vámonos.

DON FABIAN.

Estás en tu juicio? Por qué nos hemos de ir?

DOÑA CANDELARIA.

Al llegar á esa puerta, he oido, involuntariamente, algunas palabras de lo que estabas hablando con el señor don Pedro Villena...

DON FABIAN.

Pues... ya ves... que no me puedo marchar.

DOÑA CANDELARIA.

Lo que veo es que no te puedes batir.

DON FABIAN.

No hay otro remedio.

DOÑA CANDELARIA.

Tú batirte?

DON FABIAN.

Sí.

DOÑA CANDELARIA.

¿Tú!

DON FABIAN.

Sí.

DOÑA CANDELARIA.

Que sí me dices! (Sin poderse contener y rompiendo á llorar.)

DON FABIAN.

Sí!

DOÑA CANDELARIA.

Vamos, vamos, tranquilízate, y hablemos con formalidad.

DON FABIAN.

Candelaria, no me repliques: no quiero que me repliques, ¿lo oyes?

DOÑA CANDELARIA.

Bueno: serás obedecido.

DON FABIAN.

Y reñiré con Villena, porque tal es mi voluntad. Y tú no has de contradecirla. No soy yo acaso dueño de mis acciones?

DOÑA CANDELARIA.

Pero á qué te irritas? Nadie te contradice. Harás lo que gustes.

DON FABIAN.

Enhorabuena. Me voy. Tengo que ver á Dámaso. (Poniéndose el sombrero.)

DOÑA CANDELARIA.

Anda con Dios. (Cubriéndose el rostro con las manos y llorando.)

DON FABIAN.

Cuánto llora la pobre! (Deteniéndose cerca de la puerta del foro y contemplando á doña Candelaria.) No me das un abrazo? (Volviendo á su lado.)

DOÑA CANDELARIA.

Mil te daré, mil.

DON FABIAN.

Candelaria! (Abrazándola y llorando.)

DOÑA CANDELARIA.

Tiempo tienes para ver á Dámaso. Por qué no procuras tranquilizarte un poco ántes de salir á la calle? (Hace que se siente.) Tú no sabes cómo estás! (Quitándole el sombrero, arreglándole el cabello con la mano y limpiándole con un pañuelo el sudor de la frente.) Qué cosa tan horrible es la ira! Te dejé hace un instante, y ahora apenas te conozco.

DON FABIAN.

Soy muy desgraciado!

DOÑA CANDELARIA.

Vamos, habla: qué te ha pasado con el señor Villena?

DON FABIAN.

Insultó en el Congreso á tu hermano, llamándole venal.

DOÑA CANDELARIA.

Y tú le defendiste? Claro! Bien hecho! Estando tú allí, ¿habia de faltar un defensor á mi hermano?

DON FABIAN.

Pues luego Villena descargó sobre mí su ira, dirigiéndome toda clase de injurias; y me ha desafiado, y me llama vil, y cobarde y osa venir á ofender á tu marido en tu misma casa. Ya ves si me sobra motivo para matarle.

DOÑA CANDELARIA.

Matar! Como si no hubiese más que matar! Estás diciendo disparates. (Procurando sonreirse.)

DON FABIAN.

Te cansas en vano: todos tus esfuerzos serán inútiles. Yo he de reñir con él. Cuando un hombre nos ofende, no hay más remedio que matarle ó morir á sus manos.

DOÑA CANDELARIA.

Chis... (Como imponiéndole silencio.)

DON FABIAN.

Por qué?

DOÑA CANDELARIA.

Si tu hijo te oyese... Qué leccion para el pobre muchacho! (Yendo á cerrar las puertas.)

DON FABIAN.

Mi hijo! No, no cierres. Adios. (Levantándose y tomando el sombrero.)

DOÑA CANDELARIA.

Adónde vas?

DON FABIAN.

Pues ¿no lo sabes?

DOÑA CANDELARIA.

Fabian: ya has tenido tiempo de serenarte. Mira bien lo que quieres hacer.

DON FABIAN.

Bien mirado lo tengo.

DOÑA CANDELARIA.

Fabian: tu vida no te pertenece: pertenece á tu mujer y á tu hijo; pertenece sobre todo á tu Dios.

DON FABIAN.

Lo ignoro yo acaso? ¿Crees que no he luchado conmigo mismo: que no he resistido valerosamente á la tentacion? Pero dejar sin castigo á un villano, ser objeto de irrision y ludibrio!...

DOÑA CANDELARIA.

Para quién?

DON FABIAN.

Para todo el mundo. Candelaria: tu hermano me amenaza con negarme el saludo.

DOÑA CANDELARIA.

Mi hermano! Y qué?

DON FABIAN.

Me desprecia Dámaso, un amigo de toda la vida.

DOÑA CANDELARIA.

Y qué?

DON FABIAN.

Me falta al respeto mi criado.

DOÑA CANDELARIA.

Y qué?

DON FABIAN.

Y hasta mi hijo se avergüenza de tenerme por padre! (Llorando.)

DOÑA CANDELARIA.

Dios le perdone! Y qué?

DON FABIAN.

Qué me queda?

DOÑA CANDELARIA.

No soy yo nada para tí?

DON FABIAN.

Tú sola, Candelaria mia, tú sola! (Abrazándola.)

DOÑA CANDELARIA.

Y aunque yo tambien te faltase! Figúrate que á un lado está el mundo entero con todas sus alegrías y vanidades, y que al otro lado está solo Jesus con su corona de espinas y su cetro de caña. Á ver; elige. Con quién te vas? Con quién estarías más acompañado?

DON FABIAN.

Oh!... apiádate de mí, y no me quites el ánimo que necesito. Si dicen que soy un vil! Si dicen que soy un cobarde!

DOÑA CANDELARIA.

incendio

Y eso á tí, Fabian, ¿qué te importa? (Haciendo que se vuelva á sentar.) Estalló un dia voraz incendio en una casa. Todos sus habitantes la abandonaron: solo quedaba en ella un pobre tullido que no habia podido moverse. Multitud de gente presenciaba tan horrendo espectáculo, pero nadie osaba penetrar en aquel horno encendido. La casa ardia cada vez más! Cuando de pronto, en medio del rebramar de las olas de fuego, se oyó clamar al tullido con voz que parecia sobrenatural: «No hay quién me favorezca por la Vírgen Santísima?» Un hombre, uno solo, haciendo la señal de la cruz, se lanzó con paso firme entre las llamas. Eras tú. La gente, al verlo, dió un alarido de asombro y terror. Luego, todos callaron como difuntos: ni respirar se oia! Luego resonó otro grito de júbilo. Habias vuelto á salir: el tullido estaba en tus brazos: tu cuerpo era todo una llaga. Te arrodillaste y con infinita alegría, diste gracias á Dios. Y te llaman cobarde, eh? Pues, tonto, á esos héroes que te llaman cobarde, cuéntales este cuento, y enséñales tu cuerpo lleno de cicatrices.

DON FABIAN.

No puedo, no debo seguir oyéndote. Me voy. Déjame.

DOÑA CANDELARIA.

Si tienes tiempo todavia... Es tan poco el que tal vez me queda á mí de verte! Alguna vez se me ocurrió la idea de que tú podias morir ántes que yo. Y al pensarlo, me daba una pena tan grande! Y eso que siempre imaginé que morirías en tu cama de enfermedad natural; que la religion te prestaría sus divinos auxilios; que tu hijo y yo te encomendaríamos el alma. Aun perdiéndote así, te lloraria mucho. Pues no te habia de llorar! Pero qué inefable consuelo, qué inmensa alegría, en medio de mi dolor, poderme decir: «Mi Fabian era un alma sin hiel: ha muerto como un santo: sin tropezar en ramas, se habrá ido derechito á la gloria.» Y luego al procurar yo mi salvacion, por amor de Dios y su Santa Madre—¿á qué negarlo?—tambien hubiera pensado en la dicha de volver á reunirme contigo en el cielo.

DON FABIAN.

Calla por piedad. Sin querer, me estás mortificando. Calla, por las ánimas del purgatorio.

DOÑA CANDELARIA.

Qué distinta la suerte que me esperaba! Horrible trance en que por fuerza se ha de salir perdiendo! Acaso mañana te vea volver manchado con la sangre de ese infeliz, que no se acuerda de su Dios, y que tal vez un dia pudiera arrepentirse! Acaso mañana... Ay, Fabian de mi corazon, si te pierdo mañana, cómo te perderé! Morir sin amparo, arrastrándose por el suelo!... Morir de un balazo, en el momento de estar cometiendo un crímen horroroso!... Morir sin sacramentos... quizá sin tener tiempo de dirigir al cielo una sola mirada... quizá blasfemando! Jesus! La sangre se me cuaja y el cabello se me pone de punta!

DON FABIAN.

Ya no es posible volverse atrás. Ya he dicho que sí. Ese hombre... el mundo... mi honor...

DOÑA CANDELARIA.

Y mira: el cadáver de quien muere infringiendo las leyes de Dios, no puede yacer junto al cadáver de quien muere adorándole. Verdad?

DON FABIAN.

Sí, verdad.

DOÑA CANDELARIA.

Yo tendría que decir: «Ese desdichado ha muerto en un desafio: ha muerto sin confesion.» Verdad?

DON FABIAN.

Sí, sí!

DOÑA CANDELARIA.

Pues ni ese consuelo nos quedaría! (Rompiendo en llanto con mucha afliccion y amargura.) Ni el consuelo de que cubriese tu cadáver tierra sagrada. ¿Qué pasará en el corazon de un hijo y una esposa, cuando vea condenados á infame destierro los huesos del padre y el esposo? ¿Qué será no poder siquiera decirles: «Descansad en paz.»

DON FABIAN.

Qué idea tan horrible!

DOÑA CANDELARIA.

Sí, muy horrible, pero ¿qué se le ha de hacer? Paciencia. Para tener honor, no hay más remedio que deshonrarse con un crímen. Para que no le llamen á uno vil y cobarde, no hay más remedio que serlo. Pues anda, Fabian, anda: ya es hora: corre en busca de tus padrinos, y mañana, á fuer de buen caballero, mata sin piedad á ese hombre, ó muere tú á sus manos.

DON FABIAN.

Candelaria, esta noche á las nueve sale una diligencia para Zamora. Vámonos.

DOÑA CANDELARIA.

Fabian, bendito seas! (Cayendo á sus plantas y con viva efusion.)

DON FABIAN.

Bendita seas tú, que me salvas!

DOÑA CANDELARIA.

Yo quisiera quererte más que te quiero, y no sé cómo lo pueda hacer.

DON FABIAN.

Levanta. (Queriendo levantarla.)

DOÑA CANDELARIA.

Quieto, quieto. (Resistiéndose.) Si vieras qué bien me encuentro así! (Breve pausa durante la cual se contemplan el uno al otro con íntima ternura. Miguel sale por la puerta de la izqnierda de segundo término.)

ESCENA XV.

DICHOS Y MIGUEL.

DOÑA CANDELARIA.

Ah, ven, hijo, ven. (Levantándose, cogiendo de una mano á Miguel y trayéndole al lado de su padre.) Todo lo sé. Pide perdon á tu padre.

MIGUEL.

Á eso venia. Qué le he dicho yo á usted ántes? Qué le he dado á entender? Un momento de ofuscacion... La ira que me trastornaba el juicio... Cumpla uno con su deber, y ¿qué importa lo que diga la gente? Respeto y amor quiere usted? Pues en el corazon de mi madre y el mio, se encierran para usted tesoros inagotables de respeto y amor. Ah padre del alma! Quien vivió siempre como bueno ¿ha de hacerse malo para morir?

DON FABIAN.

Abrázame, hijo, abrázame.

MIGUEL.

Padre! Padre mio! (Arrojándose en sus brazos. Don Fabian le abraza y le besa.)

DOÑA CANDELARIA.

Ahí tienes qué poco hace esperar Dios la recompensa de las buenas acciones. Y para mí ¿no hay un abrazo?

MIGUEL.

Madre! (Abrazándola.)

DOÑA CANDELARIA.

Si... si... bueno eres tú. Ya arreglaremos cuentas.

DON FABIAN.

Voy yo mismo por los billetes. Mejor es que no se entere nadie...

DOÑA CANDELARIA.

Sí! mucho mejor.

DON FABIAN.

Tú ayudarás á tu madre á disponer lo que nos hayamos de llevar.

DOÑA CANDELARIA.

Únicamente lo más preciso. La Antonia se irá otro dia con el equipaje.

MIGUEL.

Nos vamos?

DOÑA CANDELARIA.

Esta misma noche á Zamora.

MIGUEL.

Bien pensado.

DOÑA CANDELARIA.

Mentira me parecerá que salgo de este infierno.

DON FABIAN.

Adios.

DOÑA CANDELARIA.

Adios, Fabian, adios. La Vírgen te lo pague. (Abrazándole y llorando.)

MIGUEL.

Este es el mayor beneficio que debemos á usted. (Abrazándole tambien.)

DON FABIAN.

Á qué viene ahora ese llanto?

DOÑA CANDELARIA.

Déjanos llorar, simple. Lloramos de alegría.

MIGUEL.

Vuelva usted pronto.

DOÑA CANDELARIA.

Muy pronto, eh?

DON FABIAN.

Corriendo. (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA XVI.

DOÑA CANDELARIA Y MIGUEL.

DOÑA CANDELARIA.

Ves qué padre tienes, Miguel? Si tú eres malo, no sé qué disculpa darás.

MIGUEL.

Oh, mi padre es el mejor de los hombres!

DOÑA CANDELARIA.

Verdad que sí? (Con íntimo gozo.)

MIGUEL.

Es un santo!

DOÑA CANDELARIA.

Alábale, hijo, alábale, que cuanto digas será poco.

MIGUEL.

Y usted, madre, y usted?

DOÑA CANDELARIA.

Ea, ea, vamos á disponer esas cosillas, que el tiempo urge. (Váse por la puerta de la izquierda de primer término.)

MIGUEL.

Dios de mi corazon, qué madre te debo! (Va á salir por el mismo sitio que Doña Candelaria.)

ESCENA XVII.

MIGUEL Y PAULINO.

Sale por la puerta del foro.

PAULINO.

Chis... Miguel.

MIGUEL.

Paulino! Tú aquí!

PAULINO.

Lindo modo de recibir á un amigo.

MIGUEL.

No esperaba tu visita.

PAULINO.

Porque nuestros padres estén mal, ¿hemos de reñir tambien nosotros? Los odios trasmisibles de padres á hijos no son ya de esta época. (Arrellanándose en una butaca con el sombrero puesto, y un puro encendido en la boca.)

MIGUEL.

Tengo que hacer. Dime pronto qué quieres.

PAULINO.

Ya conocerás la novísima determinacion de tu señor papá.

MIGUEL.

Qué determinación?

PAULINO.

En estas casas de vecindad, no puede haber secreto de vecino á vecino. La murmuracion fómenta la amistad, y murmurando de sus amos, los criados se hacen, por lo regular, muy amigos: algunos tienen el feo vicio de escuchar detrás de las puertas, y desde un cuarto segundo á un cuarto principal, vuela fácil y rápidamente una noticia, como por telégrafo eléctrico. Á los dos minutos de haber decidido tu padre tomar esta noche las de Villadiego...

MIGUEL.

(Oh!)

PAULINO.

Ya lo sabia mi criado Juan, y un minuto despues, ya lo sabia yo. Conque me ha parecido prudente verme contigo.

MIGUEL.

Y para qué?

PAULINO.

Para hacerte comprender la obligacion en que estás de impedir que tu padre huya vergonzosamente.

MIGUEL.

Huyendo se salva.

PAULINO.

Huyendo se envilece, se deshonra, se cubre de ignominia.

MIGUEL.

Paulino! Déjame: te lo ruego.

PAULINO.

Y podrá huir, aunque quiera? Ya habia aceptado el desafío, y mi papá, que está ciego de ira, en cuanto sepa que se trata de jugar con él...

MIGUEL.

No lo sabe aún?

PAULINO.

No estaba en casa cuando recibí la noticia, pero en seguida envié á Juan, en su busca, para que le enterase de todo.

MIGUEL.

Y ¿por qué has hecho eso?

MIGUEL.

Me gusta la pregunta! Pues ¿qué habia de hacer?

MIGUEL.

Oye, Paulino. (Sentándose á su lado.) Deseas tú acaso la muerte de quién te dió la vida? No se te ha ocurrido la idea de que en ese duelo podias quedarte sin padre? El mio se vá. Qué más puede apetecer el tuyo? Apártale tú de inícuos propósitos. Hazlo así, por la memoria de tu madre.

PAULINO.

Mira, mira, chico, déjate de sermones, que no estamos en cuaresma, y lo que es yo, ni en cuaresma los oigo. Estimo en mucho la vida de mi padre,—ya se vé que sí,—pero en más aún estimo su honra. Lo que no podria llevar con paciencia, es tener un padre como el tuyo.

MIGUEL.

Desdichado de tí, á quien no quiso dar el cielo tanta felicidad! (Levantándose.)

PAULINO.

Felicidad envidiable ciertamente. (Riéndose.)

MIGUEL.

Hazme el obsequio de retirarte. Ya te he manifestado que una ocupacion perentoria...

PAULINO.

Cuidadito, Miguel! (Levantándose.) Así se despide á un lacayo.

MIGUEL.

Bueno: lo que tú quieras.

PAULINO.

Yo he venido aquí para hacerte un favor.

MIGUEL.

Bien: te lo agradezco.

PAULINO.

Si á tí te parece cosa puesta en razon que tu padre huya como un cobarde...

MIGUEL.

Huir del crímen, es accion de valientes.

PAULINO.

Voy viendo que tu padre y tú, sois tal para cual.

MIGUEL.

Ojalá! No tengo yo su fortaleza de ánimo... y si continúo oyéndote...

PAULINO.

Á ver... á ver. Es eso una amenaza? (Poniéndose los quevedos.)

MIGUEL.

No. Quédate aquí, si gustas. Yo me retiro con tu permiso. (Dirigiéndose hácia la puerta de la izquierda de primer término.)

PAULINO.

No señor; á mí no se me deja con la palabra en la boca. (Deteniéndole.)

MIGUEL.

Hombre... hablas mal de mi padre, y ¿quieres que te escuche!

PAULINO.

No digo más sino que es un gallina, y como con esto no le levanto ningun falso testimonio, ¿qué has de hacer sino oirlo y tener paciencia?

MIGUEL.

La paciencia se tiene, cuando se puede. Si fuera yo el que maldijese de tu padre ¿la tendrias tú para oirme?

PAULINO.

Y de mi papá, ¿qué se puede decir? (Empieza á oirse ruido en la calle.)

MIGUEL.

Nada, Paulino... Déjame.

PAULINO.

No: si me has de responder por fuerza.

MIGUEL.

Por fuerza!

PAULINO.

Qué tienes tú que decir del señor don Pedro de Villena? Responde.

MIGUEL.

Oh! Ese grito... (Óyese mayor ruido en la calle.) Si... es la voz de mi padre. (Corriendo á la ventana.)

PAULINO.

La gente le separa del mio.

MIGUEL.

Qué será?

PAULINO.

Juan está al balcon. Juan, Juan! Qué ha pasado? (Pausa durante la cual se supone que habla una persona desde fuera.)

MIGUEL.

Eh!... Cómo!... Qué dice ese hombre? (Sin atreverse á dar crédito á lo que ha oido.)

PAULINO.

Pues: lo mismo que yo me figuraba. (Con alegría.)

MIGUEL.

Pero ¿qué dice?

PAULINO.

Que mi padre le ha dado al tuyo un bofeton.

MIGUEL.

Oh! (Corriendo hácia la puerta del foro.)

ESCENA XVIII.

DICHOS Y DON DÁMASO.

DON DÁMASO.

Detente. Ya los han separado. (Sujetándole.)

MIGUEL.

No importa.

DON DÁMASO.

Aumentarás el escándalo sin poder acercarte á Villena.

MIGUEL.

Pero ¿es verdad que ese inícuo le ha dado un bofeton á mi padre?

PAULINO.

Bien empleado le está.

MIGUEL.

Canalla! (Volviéndose hácia Paulino fuera de sí, cogiéndole de una mano, y haciéndole hincar una rodilla en tierra.)

PAULINO.

Oh!

DON DÁMASO.

Qué haces?

MIGUEL.

Aplastar una víbora.

PAULINO.

Suelta!

MIGUEL.

No hay más que un hombre tan villano como tu padre, y ese eres tú.

PAULINO.

Miguel!

MIGUEL.

Y ¿sabes lo que siento? No tener mil almas, para despreciaros con todas ellas.

PAULINO.

Suelta, que me rompes la mano.

MIGUEL.

Así he de romperte el corazon. (Empujándole con violencia y soltándole la mano que le tiene asida.)

DON DÁMASO.

Pues esto es peor todavia!

PAULINO.

Tú harás lo que tu padre no quiere hacer; ¿verdad? Tú te batirás conmigo.

MIGUEL.

Si.

PAULINO.

Mañana mismo.

MIGUEL.

Ahora mismo.

DON DÁMASO.

Pero... (Interponiéndose.)

PAULINO.

Dentro de media hora con un testigo, fuera de la puerta de Alcalá.

MIGUEL.

No faltaré.

PAULINO.

Me las pagarás todas juntas! (Váse por la puerta del foro.)

MIGUEL.

matarlas

Si el mundo está plagado de fieras ¿qué remedio sino matarlas?

ESCENA XIX.

DON DÁMASO, MIGUEL y en seguida DOÑA CANDELARIA y DON FABIAN dentro.

DON DÁMASO.

Vuelve en tí... reflexiona...

MIGUEL.

No es tiempo de reflexionar.

DOÑA CANDELARIA.

Sabes por qué hay tanta gente en la calle?

MIGUEL.

No, madre: no lo sé.

DOÑA CANDELARIA.

Y tú ¿qué tienes? Adónde vas? Espera.

DON FABIAN.

Candelaria! (Dentro, gritando.)

DOÑA CANDELARIA.

Oh! Por qué grita así?

MIGUEL.

Yo le vengaré! (Váse corriendo por la puerta de la izquierda de segundo término.)

DOÑA CANDELARIA.

Pero ¿qué hay?

DON DÁMASO.

Que es usted muy desgraciada. Miguel... Oye... Atiende... (Váse tambien precipitadamente siguiendo á Miguel.)

ESCENA XX.

DOÑA CANDELARIA Y DON FABIAN.

DON FABIAN.

Candelaria! (Dentro.)

DOÑA CANDELARIA.

Reina del cielo, ten misericordia de nosotros!

DON FABIAN.

Candelaria! (Saliendo por la puerta del foro y gritando.)

DOÑA CANDELARIA.

Fabian.

DON FABIAN.

Candelaria! (Gritando más fuerte, sin verla.)

DOÑA CANDELARIA.

Pero si estoy á tu lado.

DON FABIAN.

Mira, mira. (Señalándose á una mejilla.)

DOÑA CANDELARIA.

Qué?

DON FABIAN.

Aquí... No ves?

DOÑA CANDELARIA.

Una señal.

DON FABIAN.

Es... es la mano de ese hombre, impresa en mi cara!

DOÑA CANDELARIA.

Cómo! Explícate.

DON FABIAN.

Es un bofeton que me ha dado ese hombre!

DOÑA CANDELARIA.

Infame! Infame! (Llorando.)

DON FABIAN.

Á la luz del dia... en medio de la calle. Delante de quién me presento yo con un rostro abofeteado?

DOÑA CANDELARIA.

Mártir del deber, álzalo ufano delante de Dios.

DON FABIAN.

Y nos han separado, cuando hubiera podido ahogarle! Ya estará en su casa. Aún es tiempo!

DOÑA CANDELARIA.

Acuérdate del cielo, Fabian!

DON FABIAN.

El cielo no se acuerda de mí!

DOÑA CANDELARIA.

Calla! Calla! (Tapándole la boca con la mano.)

DON FABIAN.

Húndase el cielo en hora buena, con tal que yo mate á ese hombre!

DOÑA CANDELARIA.

Calla! Estás blasfemando!

DON FABIAN.

Si te digo que le he de matar! (Tomando una pistola de la caja que puso Medina encima de la mesa.)

DOÑA CANDELARIA.

No... no le matarás!

DON FABIAN.

Sí!

DOÑA CANDELARIA.

Por esta pobre mujer que tanto padece!

DON FABIAN.

No!

DOÑA CANDELARIA.

Por tu hijo!

DON FABIAN.

No!

DOÑA CANDELARIA.

Por Dios!

DON FABIAN.

Ni por Dios sufro yo un bofeton!

DOÑA CANDELARIA.

Pues ¿no sufrió Él otro por tí!

ESCENA XXI.

DICHOS, VILLENA y luego DON DÁMASO.

VILLENA.

Aquí están!

DON FABIAN y DOÑA CANDELARIA.

Oh!

(Don Fabian apunta á Villena con la pistola que tiene en la mano. Doña Candelaria se pone delante de su marido.)

VILLENA.

Una sola palabra! (Con mucha ansiedad.)

DON FABIAN.

Aparta. (Á su mujer, queriendo apartarla de sí.)

DOÑA CANDELARIA.

Váyase usted. (Á Villena, conteniendo á su marido.)

VILLENA.

Señora, nuestros hijos se van á batir! (Con abandono y en voz muy alta.)

DOÑA CANDELARIA y DON FABIAN.

Oh! (Don Fabian deja caer la pistola.)

DON FABIAN.

Cómo?... Qué!... (Acercándose á Villena.) Qué ha dicho usted?... Es eso verdad?...

VILLENA.

Paulino me ha desobedecido. Si Miguel estuviese aquí todavia!

DOÑA CANDELARIA.

Miguel! Miguel! (Llamándole á gritos y corriendo hácia el foro.)

DON FABIAN.

Hijo! hijo!

DON DÁMASO.

En un coche se va á todo correr. (Saliendo por la puerta del foro.)

DON FABIAN.

Vamos nosotros á buscarlos! (Á Villena, acercándose á él y cogiéndole una mano.) Vamos los dos!

DOÑA CANDELARIA.

Yo tambien; pero ¿adónde?...

DON DÁMASO.

Á la puerta de Alcalá.

DON FABIAN.

Tiembla usted? (Á Villena, cuya mano tiene asida.)

VILLENA.

Soy padre!

DOÑA CANDELARIA.

Dios mio, salva á su hijo!

VILLENA.

Y el de usted, señora? (Conmovido.)

DOÑA CANDELARIA.

Pid a usted por el mio!

Dirígense todos hácia el foro.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, PAULINO Y LOS DOS PADRINOS DEL DESAFIO.

Miguel, sentado en una piedra á la izquierda, con la vista fija, los brazos caidos y la cabeza inclinada sobre el pecho, profundamente melancólico y abstraido: Paulino, á la derecha, paseándose á le largo de! escenario, poniéndose y quitándose el sombrero, haciéndose aire con él, y dando señales de ira y de impaciencia: los padrinos en medio de uno y otro, más retirados del proscenio y vueltos de espalda, cargando las pistolas. Algunos instantes de silencio.

PAULINO.

Acabaremos hoy? (Á los Padrinos.)

PADRINO 1.°

Silencio, Paulino.

PADRINO 2.°

Silencio, caballero.

PADRINO 1.°

Ya están cargadas las pistolas. (Á Miguel y Paulino, volviéndose de

cara al público, con las pistolas cogidas de la culata.) Ahora mida usted el terreno. (Al Padrino 2.º)

PADRINO 2.º

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce. (Midiendo doce pasos á lo ancho de la escena, desde la piedra en que está sentado Miguel.)

PADRINO 1.º

Usted, ahí. (Á Miguel, que se levanta y se coloca delante de la piedra, dejando en ella un pañuelo que tenia en la mano.)

PADRINO 2.º

Usted, aquí. (Á Paulino, que se coloca donde el Padrino 2.º tiene puesto el pié izquierdo.)

PADRINO 1.º

Que decida la suerte quién ha de elegir arma primero.

PADRINO 2.º

Enhorabuena. Pidan ustedes. (Tirando al aire un duro.)

PAULINO.

Cara.

LOS DOS PADRINOS.

Cruz. (Bajándose al suelo para ver la moneda. El Padrino 2.º la recoge y la guarda.)

PADRINO 1.º

Tome usted una pistola. (Miguel toma una pistola.)

PAULINO.

Venga la mia. (El Padrino 1.º se acerca á él y le da la otra pistola.) Ya está. Acabemos.

PADRINO 2.º

Otra vez le exijo á usted que calle.

PADRINO 1.º

Á la segunda palmada se apuntan ustedes: á la tercera, fuego. (Los dos Padrinos se retiran hácia el foro. El 1.º mira hácia una y otra parte. El 2.º da una palmada y despues de algunos instantes, otra: Miguel y Paulino se apuntan con las pistolas; aquel, sereno y sosegado, éste, res-

pirando anhelosamente y con temblor que se note en la pistola que tiene en la mano. El Padrino 2.º, despues de otra pausa igual va á dar la tercera palmada, cuando el Padrino 1.º, que estaba mirando hácia el foro derecha, le detiene.) Quieto. Por detrás de ese ribazo se ve gente. Parece que vienen hácia aquí.

PADRINO 2.º

Abajo esas pistolas. (Miguel y Paulino hacen lo que se les dice. Éste se limpia con la mano el sudor de la frente.)

PADRINO 1.º

Ya dije yo, que detrás de aquellos matorrales, estariamos mejor.

PAULINO.

Hay que dar un rodeo.

PADRINO 2.º

Qué importa? Vamos allá.

PADRINO 1.º

Las pistolas. (Miguel y Paulino entregan las pistolas.)

PADRINO 2.º

Ustedes, delante.

PADRINO 1.º

Eh, qué es eso? (Paulino temblando y con la vista turbada, siente un vahido y está á punto de caer.)

PAULINO.

Nada...que he tropezado. (Procurando reponerse.)

PADRINO 2.º

Paulino lleva miedo. (Al Padrino 1.º en voz baja.)

PADRINO 1.º

El otro sí que tiene serenidad. (Vánse por el foro izquierda.)

ESCENA II.

VILLENA y á poco DON DÁMASO.

VILLENA.

Aquí tampoco! Y me parecia seguro hallarlos aquí! Ya no sé

hácia dónde echar. Qué horrible tarde! No es solo pena y ansiedad lo que siento... Siento, además, sin saber por qué, una rabia tan grande contra mí mismo... Qué haré?

DON DÁMASO.

Pues cómo? Tampoco estaban aquí? (Saliendo por el foro derecha, dando señales de cansancio.)

VILLENA.

Tampoco!

DON DÁMASO.

Luego el haber dado con sus coches, no nos sirve de nada?

VILLENA.

Tomamos bien las señas que nos dieron los cocheros?

DON DÁMASO.

Segun sus informes, hácia este sitio se habian dirigido: en este sitio debian estar.

VILLENA.

Pues no están!

DON DÁMASO.

Bien lo veo... y lo que es yo, no puedo ya con mi alma.

VILLENA.

Si don Fabian y su mujer habrán sido más felices que nosotros?

DON DÁMASO.

Lo dudo.

VILLENA.

Y por qué lo duda usted? Por qué ellos no los han de haber encontrado? Eran quizá más dignos que yo de alcanzar esta dicha... Vamos á ver: dígame usted, por qué lo duda.

DON DÁMASO.

Lo dudo... porque como nosotros hemos andado ya por todos los alrededores... Ojalá que su presuncion de usted salga cierta!

VILLENA.

Ay, ojalá!

DON FABIAN y DOÑA CANDELARIA.

Dámaso, Dámaso. (Dentro, gritando.)

VILLENA.

Oye usted? De fijo los han encontrado. (Corriendo hácia el foro.)

DON DÁMASO.

Sí: alegres parecen esas voces. (Corriendo tambien hácia el foro.)

VILLENA.

Por dónde vienen?

DON DÁMASO.

No los veo.

DON FABIAN y DOÑA CANDELARIA.

Dámaso, Dámaso. (Dentro, gritando muy cerca.)

DON DÁMASO.

Ah, por este otro lado. (Bajando un poco hácia el proscenio.)

VILLENA.

Sí. Oh! Solos!

ESCENA III.

DICHOS, DON FABIAN y DOÑA CANDELARIA.

Salen corriendo por la derecha.

DOÑA CANDELARIA.

Están aquí, eh? (Con alegria y mirando hácia todas partes.)

DON FABIAN.

Están aquí?

DOÑA CANDELARIA.

Hemos hallado á los cocheros.

DON FABIAN.

Y nos han dicho que ustedes los habian visto ántes que nosotros.

DOÑA CANDELARIA.

Pero ¿dónde se han metido?

DON FABIAN.

Por qué se ocultan?

DOÑA CANDELARIA.

Será... será que han llegado ustedes tarde?

DON FABIAN.

Calla, mujer!

VILLENA.

Sosiéguese usted.

DON FABIAN.

Pues ¿qué hay?

DON DÁMASO.

Que no han parecido todavia.

DOÑA CANDELARIA.

Que no?

VILLENA.

No, señora.

DOÑA CANDELARIA.

Ay... (Respirando con ansia.) Menos malo!... Y hace un momento eso me parecia lo peor!

DON FABIAN.

Pero si nos han dicho que de fijo se hallarian detrás del ribazo.

DON DÁMASO.

Á nosotros nos dijeron lo mismo.

DON FABIAN.

Y ¿no los han encontrado ustedes?...

DOÑA CANDELARIA.

No estaban detrás del ribazo?

DON DÁMASO.

Dale: ya he dicho que no estaban.

DON FABIAN.

Bien: no te enojes. Es tan difícil desprenderse de una esperanza!

DON DÁMASO.

Pues á la esperanza de dar con ellos, por fuerza hay ya que renunciar.

DOÑA CANDELARIA.

No diga usted eso! ¿Renunciar á una esperanza que es toda nuestra vida! Los buscaremos... los hallaremos al fin.

DON FABIAN.

Dios sabe cómo!

VILLENA.

Caiga sobre usted la sangre que se vierta!

DON FABIAN.

Sí, sobre mí que llegué á blasfemar!

VILLENA.

Ay de usted, si mi hijo recibe el más leve daño!

DOÑA CANDELARIA.

En venganzas piensa usted ahora? Si parece mentira que sea padre!

VILLENA.

Es verdad... No sé lo que digo.

DON FABIAN.

Pero ¿qué hacemos aquí parados?... La vida de uno de nuestros hijos, depende quizá de que los hallemos un minuto ántes ó un minuto despues.

VILLENA.

Y hácia dónde ir?... Por dónde dirigirnos?

DOÑA CANDELARIA.

Tentaciones me dan de preguntar por mi hijo á los árboles... á las piedras... Ah! (Cogiendo el pañuelo que Miguel se habrá dejado en la piedra en que estaba sentado al empezar el acto.)

VILLENA y DON FABIAN.

Qué es eso?

DON DÁMASO.

Qué hay?

DOÑA CANDELARIA.

Este pañuelo es de mi hijo!

DON FABIAN.

Ha estado aquí...

VILLENA.

Entonces no pueden hallarse lejos.

DON DÁMASO.

Ven: ayúdame. (Subiendo ayudado por don Fabian á un árbol que habrá á la izquierda.) Desde este árbol debe descubrirse mucho terreno.

DOÑA CANDELARIA.

Vé usted algo?

DON DÁMASO.

No. (Subiendo más arriba.)

VILLENA.

Mire usted bien.

DON DÁMASO.

Puede asegurarse que no están por estos alrededores.

DOÑA CANDELARIA.

Santos del cielo!

DON FABIAN.

Pero ¿se los ha tragado la tierra?

DON DÁMASO.

Ah, sí. Allí hay unos matorrales que se mueven.

DOÑA CANDELARIA.

Y no corre un pelo de aire.

DON DÁMASO.

Allí anda alguien: no hay duda.

DON FABIAN.

Dios mio!

DOÑA CANDELARIA.

Señor! (En tono de súplica.)

VILLENA.

Estarán allí? (Con viva ansiedad.)

DON DÁMASO.

Con el sol poniente, brilla una cosa al través de las ramas.

DON FABIAN.

Baja ya: baja. (Ayudándole á bajar.)

DON DÁMASO.

Puede muy bien ser la hoja de una espada ó el cañon de una

pistola. (Mientras baja.)

DOÑA CANDELARIA.

Oh!

DON FABIAN.

Corramos. (Dejando á don Dámaso, que puede ya seguir bajando solo del árbol.)

VILLENA.

Si fueran ellos!

DON FABIAN.

Miguel! (Corriendo todos hácia el foro y gritando vueltos ya de espaldas al público.)

DOÑA CANDELARIA.

Hijo!

DON DÁMASO.

Miguel!

VILLENA.

Paulino!

DON FABIAN, DOÑA CANDELARIA, DON DÁMASO y VILLENA.

Oh! (Suenan dos tiros y los cuatro personajes dan un grito y se quedan inmóviles. Doña Candelaria pierde el sentido y cae en brazos de Villena, que la sostiene, hincando una rodilla en tierra.)

DON FABIAN.

Cúmplase la voluntad del Señor! (Haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, y yéndose precipitadamente por el foro izquierda.)

DON DÁMASO.

Mas falta hago allí! (Siguiendo á don Fabian.)

ESCENA IV.

DOÑA CANDELARIA, VILLENA y despues UNA MUCHACHA.

VILLENA.

Qué ansiedad!... Qué angustia! No puedo respirar!... Qué habrá sucedido?... Pobre mujer! Desdichada madre! Señora... Señora...

DOÑA CANDELARIA.

Fabian. Dónde está Fabian?

VILLENA.

Ha ido... ya sabe usted.

DOÑA CANDELARIA.

Ay, señor don Pedro de mi alma! Vamos allá! Vamos nosotros tambien. (Levántase y vacila. Villena la sostiene.)

VILLENA.

No tiene usted fuerzas para moverse.

DOÑA CANDELARIA.

Sí. Ya la tengo.

VILLENA.

Aquí vendrán á decirnos lo que haya pasado.

DOÑA CANDELARIA.

Pero si tal vez en este momento!...

VILLENA.

Quién sabe: en un duelo es fácil errar la puntería.

DOÑA CANDELARIA.

No: esos tiros han resonado en el fondo de mis entrañas. Suélteme usted. (Desasiéndose de Villena, y echando á correr hácia el foro izquierda.)

VILLENA.

Señora! (Siguiéndola.)

(En este momento sale la Muchacha corriendo por el foro izquierda, pálida y desencajada y santiguándose muy deprisa. Doña Candelaria y Villena se detienen.)

LA MUCHACHA.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. En el nombre del Padre...

VILLENA.

Qué es eso, muchacha? Oye, detente.

LA MUCHACHA.

No, no: déjeme usted... Yo no he sido!... yo no he sido!... (Corriendo hácia la derecha.)

DOÑA CANDELARIA.

Ven, hija mia. (Asiéndola de un brazo.)

VILLENA.

Nada temas. (Sujetándola tambien La Muchacha queda colocada entre doña Candelaria y Villena.)

DOÑA CANDELARIA.

Por qué te santiguas?

LA MUCHACHA.

Ay, señora, lo que he visto!... Ay, señora, lo que he recordado!... Así cayó mi padre hace un año, tal dia como hoy; solo que no fué de un tiro... de un navajazo fué... Y mi madre murió loca de pena en el hospital, y yo me quedé solita en el mundo!

DOÑA CANDELARIA.

Y ahora ¿qué has visto?

VILLENA.

Qué has visto? Habla.

LA MUCHACHA.

He visto dos señoritos, uno enfrente del otro, mirándose de esta manera. (Imitando la posicion de un hombre delante de su adversario en un duelo á pistola.) Yo creí que iban á jugar, y me asomé á verlos por entre unas ramas. Estaban armados con pistolas! (Con expresion de terror.)

DOÑA CANDELARIA.

Ay de mí!

VILLENA.

Sigue, sigue.

LA MUCHACHA.

Más allá habia otros dos señoritos: y uno de ellos dió una palmada, así... (Da las tres palmadas segun lo indica el diálogo.) y otra... así... y otra... así... y luego de pronto, dos tiros... y luego uno de los señoritos de las pistolas, dió un brinco y una vuelta, y luego ¡cataplum! cayó redondo al suelo.

DOÑA CANDELARIA.

Jesus me valga! (Dirigiéndose al foro.)

VILLENA.

Qué señas tenia el que cayó?

DOÑA CANDELARIA.

Qué señas tenia? (Volviendo al lado de la Muchacha.)

LA MUCHACHA.

No sé, no recuerdo... Cayó redondo... yo cerré los ojos, y eché á correr.

DOÑA CANDELARIA.

En este momento (Acercándose á Villena.) usted ó yo no tenemos hijo. Dios le conserve á usted el suyo! Dios no permita que yo me quede sin el mio!

VILLENA.

Ya vienen. Valor! (Asiéndola una mano.)

DOÑA CANDELARIA.

Sí: valor!

VILLENA.

(Cuál será?)

DOÑA CANDELARIA.

(Cuál será?) (Doña Candelaria y Villena sin movimiento y asidos de la mano, miran con ansiedad hácia el foro izquierda.)

LA MUCHACHA.

Traen al muerto como llevaron á casa á mi padre! No quiero verle. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. En el nombre del Padre y del Hijo... (Sale corriendo por el foro derecha, santiguándose y volviendo atrás la cara con espanto.)

ESCENA V.

DOÑA CANDELARIA, VILLENA, PAULINO y en seguida DON FABIAN, DON DÁMASO, los dos PADRINOS Y MIGUEL.

VILLENA.

Oh! Paulino, hijo de mi corazon! (Corriendo hácia Paulino que sale ántes que los demás, y abrazándole con frenética alegría.)

DOÑA CANDELARIA.

Es el mio, don Pedro, es el mio! Bendito Dios, que lo ha dispuesto así!

VILLENA.

Aparta! (Rechazando con horror á su hijo. Don Fabian, don Dámaso y los Padrinos traen á Miguel exánime y le colocan en la piedra que hay á la izquierda. Doña Candelaria y don Dámaso quedan sosteniéndole: don Fabian de pié, más á la izquierda, contemplando el grupo que forman Miguel, doña Candelaria y don Dámaso: los Padrinos detrás de estos personajes, abatidos y taciturnos: Villena y Paulino á la derecha, con la vista clavada en el suelo.)

DOÑA CANDELARIA.

Hijo!... Hijo!... Hijo!... (Llamándole con voz cada vez más fuerte.) Es la primera vez que no responde á su madre! Don Pedro, mire usted qué hazañas ejecuta el honor! Pero ha muerto ya? Cuál habrá sido su último pensamiento!... Paulino... (Llamándole. Paulino se estremece.) Paulino... venga usted acá. Venga usted, por Dios!

VILLENA.

Obedece. (Paulino se acerca poco á poco á doña Candelaria, sin atreverse á mirarla.)

DOÑA CANDELARIA.

Usted estudia para médico, verdad?

PAULINO.

Sí... sí, señora...

DOÑA CANDELARIA.

Pues dígame usted si aún tiene alguna vida.

PAULINO.

Señora... yo... (Con espanto, sin atreverse á tocar á Miguel.)

VILLENA.

Obedece.

DOÑA CANDELARIA.

No; que lo haga por caridad. (Paulino se acerca á Miguel y le examina.)

PAULINO.

Sí; aún vive.

DOÑA CANDELARIA.

Vive! (Con alegría.)

PAULINO.

Dentro de algunos instantes no vivirá!

DOÑA CANDELARIA.

Con que haya lugar para que se prepare á bien morir, me contento. No pido más: con eso me basta. Que acerquen los coches. Llevémosle en seguida.

PAULINO.

No, señora, no. Se moriria más pronto.

DOÑA CANDELARIA.

Pero ha de morir como un perro! Llévatele, Dios mio, llévatele, pero no así. Aquí hay un hombre en peligro de muerte... Un sacerdote, señores, un sacerdote: que vengan á salvar un alma, que vengan corriendo!

DON FABIAN.

Iré yo!

DOÑA CANDELARIA.

Tú no, Fabian. Y si mientras tanto se muere!

PADRINO 1.º

Nosotros iremos.

DOÑA CANDELARIA.

Sí, vayan ustedes, y nada teman. (Á los Padrinos.) No delataremos á nadie. Si preguntan quién le ha matado, diré... cualquier cosa... que le he matado yo.

DON FABIAN.

Ahí tienen ustedes coches. Volando, eh? volando. (Vánse los Padrinos.)

MIGUEL.

Ay!

DOÑA CANDELARIA.

Su voz! Hijo!

DON FABIAN.

Hijo mio! (Reprimiéndose.)

DON DÁMASO.

Miguel! Miguel! (Llorando á lágrima viva.)

DON FABIAN.

Calla, Dámaso, calla. (Con afabilidad.)

MIGUEL.

Padre, confesion!... Madre, confesion!...

DOÑA CANDELARIA.

Sí, hijo de mi alma, sí. Ya han ido á buscar un sacerdote.

MIGUEL.

Llegará... llegará... (Sin poder articular las palabras.)

DON FABIAN.

No hables... no te esfuerces...

MIGUEL.

Llegará tarde.

DOÑA CANDELARIA.

Tarde!

MIGUEL.

Me muero...

DOÑA CANDELARIA.

Fabian! Sí... el frio de la muerte! (Palpando á su hijo.)

MIGUEL.

Confesion.

DON FABIAN.

Recuerda tus culpas, infeliz: recuérdalas con pesar de haberlas cometido.

MIGUEL.

Todas las tengo delante: de todas me arrepiento.

DON FABIAN.

Mira que tu último pecado es muy grande!

MIGUEL.

Casi tan grande es mi dolor!

DON FABIAN.

Perdonas á tus enemigos?

MIGUEL.

Sí.

DON FABIAN.

Y al que te ha dado muerte?

MIGUEL.

Sí.

DON FABIAN.

Quieres estrechar su mano, en señal de perdon?

MIGUEL.

Que venga, que venga! (Con efusion y vez algo más fuerte.)

DOÑA CANDELARIA.

No le oye usted?

PAULINO.

Miguel! (Se arrodilla y coge y besa la mano que le alarga Miguel.)

DON FABIAN.

Perdonas al hombre que dió un bofeton á tu padre? (Miguel no responde.)

VILLENA.

(Eso... eso es valor!)

DON FABIAN.

Le perdonas? Miguel, ¿quieres comparecer ante la Justicia Eterna con rencor en el alma?

DOÑA CANDELARIA.

Miguel, por María Santísima!

MIGUEL.

Es... es... que no podia hablar... (Hablando con mucho trabajo.)

DOÑA CANDELARIA.

Hijo de mis entrañas!

MIGUEL.

Sí, le perdono.

DON FABIAN.

Perdonas á tus padres el mal que hayan podido hacerte?

MIGUEL.

Padre! (Con mucha afliccion.)

DON FABIAN.

Nos perdonas? Responde. (Imperiosamente.)

MIGUEL.

Sí.

DON FABIAN.

Á tu lado hay un hombre á quien has querido matar; y otro allí, á quien has hecho temblar por la vida de su hijo.

MIGUEL.

Paulino... don Pedro, perdon!

DON FABIAN.

Aquí ves á tus padres, poseidos, por culpa tuya, de amargura indecible.

MIGUEL.

Perdon, padres mios, perdon! (Haciendo un violento esfuerzo para caer á los piés de don Fabian. Doña Candelaria y don Dámaso le sostienen arrodillado.)

DOÑA CANDELARIA.

Con toda el alma te perdonamos.

DON FABIAN.

Con toda el alma te bendecimos, en el nombre de Dios (Le bendice.), pidiéndole que si en nosotros vé algunos merecimientos, los acepte, sin quitar uno solo, en pago de tu culpa.

MIGUEL.

Qué inmensa bondad! (Doña Candelaria y don Dámaso vuelven á sentarle en la piedra.)

DON FABIAN.

Ahora, Miguel, llama á tí á Jesus; llámale con fervor, y verás como viene.

MIGUEL.

Si... yo adoro en él!

DOÑA CANDELARIA.

Encomiéndate á su bendita Madre. Mira: (Sacándole un escapulario del pecho y poniéndosele en las manos.) aquí tienes tu escapulario.

MIGUEL.

Madre de Dios, acuérdate de mí. (Besando el escapulario.)

DOÑA CANDELARIA.

Por la amargura que pasaste al ver morir á tu Hijo, ruega por el mio en la hora de su muerte.

MIGUEL.

Padres... amigos...

DOÑA CANDELARIA.

Se muere! Rece usted, don Pedro. Las oraciones de usted, serian tan agradables á Dios!

VILLENA.

(Oh si yo pudiera rezar!) (Mirando con terror á Miguel y sus padres.)

MIGUEL.

Padre... madre... (Llamándolos y buscándoles con las manos.)

DOÑA CANDELARIA y DON FABIAN.

Aquí estamos. Qué quieres?

MIGUEL.

Creo...

DON FABIAN y DOÑA CANDELARIA.

Qué?

MIGUEL.

Creo que Dios me perdona.

DON FABIAN y DOÑA CANDELARIA.

Por qué, hijo, por qué?

MIGUEL.

Porque siento una alegria... una alegria!... (Con mucha dulzura.)

DON FABIAN.

Se ríe!

DOÑA CANDELARIA.

Se ríe!

MIGUEL.

Adios... adios... Jesus crucificado sea conmigo! (Muere.)

DON DÁMASO.

Óyele, Señor!

DON FABIAN y DOÑA CANDELARIA.

Sálvale! Sálvale! (Los tres hacen como que rezan.)

VILLENA.

Paulino, mira lo que hemos hecho! (Con energía y abandono.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS Y MEDINA.

Sale por el mismo sitio en que está Villena.

MEDINA.

Ha dado usted un bofeton al padre: (Acercándose mucho á Villena y en voz baja) por usted ha muerto el hijo. Ya comprenderá usted que vengo á matarle. Pero matarle es poco. Toma, villano! (Le da un bofeton.)

VILLENA.

Oh! (Dando un grito y volviéndose hácia Medina con aspecto iracundo y amenazador.)

DON FABIAN.

Qué haces? (Poniéndose de pié.)

PAULINO.

Padre!

DOÑA CANDELARIA.

Impío!

VILLENA.

No... no... (Reprimiéndose.) Lo merezco... Lo sufriré, por Dios. Por el Dios á quien yo escupí, á quien yo abofeteé, á quien yo crucifiqué!... Dios de mis padres, Dios verdadero, creo en tí! (Cayendo de rodillas.)

DON FABIAN.

Qué oigo! (Acercándose á él.)

VILLENA.

Y ahora, don Fabian, (De rodillas, volviéndose hácia él) y ahora, ¿puedo esperar que usted me perdone?

DON FABIAN.

No le ha perdonado á usted mi hijo?

VILLENA.

De véras?... De véras... usted me perdona? (Con voz ahogada por los sollozos.)

DON FABIAN.

Pues no somos hermanos?

VILLENA.

Gracias, hermano mio, gracias! (Arrejándose en sus brazos.) Ya puedo rezar, señora, ya puedo rezar! (Arrodillándose delante del cadáver de Miguel, y cruzando las manos en actitud de orar.)

DON FABIAN.

Oh Providencia!

DOÑA CANDELARIA.

Grande fué tu culpa, hijo mio! Dios me recuerda que es infinita su misericordia!

(Medina en el mismo sitio y en la misma actitud en que ántes estaba Villena: don Fabian en el comedio del escenario, con las manos levantadas al cielo: á la izquierda Miguel sostenido por doña Candelaria y don Dámaso: Paulino completamente anonadado y con la cabeza apoyada en el cuerpo de Miguel: Villena arrodillado delante de éste, casi vuelto de espaldas al público.)

FIN DEL DRAMA.